

3436

15

**GALERIA DRAMATICA.**

**COLECCION**

**DE LAS MEJORES OBRAS**

**DEL TEATRO**

**ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL**

**Y DEL ESTRANJERO.**

**POR**

**LOS PRINCIPALES AUTORES.**



**Madrid:**

**LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS**

L47 - 4914

(55)



CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,  
publicadas hasta 1.º de Mayo de 1853.



Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Acción de Villalar.—Adel el Zegri.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—A mante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colón.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Caligula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada, virgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cástate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colón y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiado.—Desengañan en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—Diplomática.—Disfraz.—Disfrazes á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonada.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordóñez.—Doña Maria de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunus.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidex y ambicion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé, esperanza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganan perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillermo Colman.—Guillermo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—Ho-



277-4914



# JUAN EL TULLIDO.

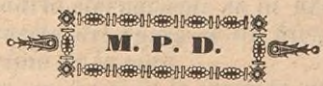
DON FERNANDO . . . . . Sr. V.  
 DON DIEGO . . . . . Sr. Garcia.  
 DON FELIX . . . . . Sr. Ibañez.  
 DON LUIS . . . . . Sr. Burgos.  
 JUAN EL TULLIDO . . . . . Sr. Alba.  
 DON PEDRO . . . . . Sr. Luque.  
 DOÑA INÉS, DOÑA ELVIRA, DOÑA MARIA. . . . . Sr. Torralba.

DRAMA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ORIGINAL DE

## Don Enrique Perez Escrich.

Representado por primera vez en Barcelona en el teatro del Circo, año de 1855.



Este drama pertenece a la Galería Dramática, que comprende los teatros modernos, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor Don Manuel Pardo Delgado, quien persigue ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, si que sin su permiso se reimpriman o se representen en algun teatro del reino, ó en las Sociedades sostenidas por suscripción de teatro. Madrid, el día 10 de Julio de 1852.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 49, bajo.

Diciembre 1855.



PERSONAJES. ACTORES.

- DOÑA MARÍA. . . . . *Sra. Toral.*
- DOÑA ELVIRA. . . . . *Sra. Raurele.*
- DOÑA INÉS, . . . . . *Sra. Danzan.*
- DON PEDRO. . . . . *Sr. Lugar.*
- JUAN EL TULLIDO. . . . . *Sr. Alba.*
- DON LUIS. . . . . *Sr. Burgos.*
- DON FÉLIX. . . . . *Sr. Ibáñez.*
- DON DIEGO. . . . . *Sr. García.*
- DON FERNANDO. . . . . *Sr. N.*

Vendedores de ambos sexos.

La accion pasa en Madrid a ultimos del siglo XVI.



VI. 1. 17

---

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripción de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Organico de teatros de 28 de Julio de 1852.



## À MI QUERIDA TIA

### DOÑA VICENTA ESCRICH DE TORIJA.

---

**A** ti, cuyo pecho sensible se conmovia al menor gemido, como las arpas aéreas al suave soplo del céfiro. A ti, cuya existencia fué tan corta como la carrera de las estrellas, tan pura como el canto de las alondras. A ti, la mejor de las esposas, la mas cariñosa de las madres. A ti, querida tia, á quien no olvido, á quien no olvidaré nunca, porque llevo tu recuerdo grabado en mi corazon, tus beneficios en mi mano. Cuando tu pecho lanzó el último soplo de vida, yo vi asomar á tus labios la sonrisa de los ángeles. Tu muerte fué la de una santa. Dios tendió sobre tu cabeza su omnipotente mano, y cerrando tus blancos párpados, se llevó tu alma al cielo para guardarla eternamente en la urna de los justos. La muerte del bueno es un bien desconocido, es el principio de la vida.

Perdona, pues, si en la segunda página de esta obra estampo tu nombre. Pobre es el tributo que ofrezco al ángel de bondad que con maternal cariño compartió sus caricias entre sus hijos y su sobrino

ENRIQUE.

Madrid 20 de noviembre de 1855.







# ACTO PRIMERO.

Orillas del río en la velada de San Juan. A la derecha en primer término la fachada de una casa: encima de la puerta un rótulo que diga: *Taberna del Turco*. Un emparrado en forma de cobertizo adorna la entrada, que estará alumbrada por un farol. A la izquierda un cenador, dentro del cual habrá un banco de piedra. Árboles esparcidos por la escena. Al fondo el río, á cuyas orillas habrá varios puestos de flores, frutas, etc., alumbrado por faroles de color. Al levantarse el telon, se oye una música á lo lejos: mucha animacion.

## ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON LUIS, DON DIEGO y DON FERNANDO, *sentados al rededor de una mesa que habrá bajo del emparrado.*

**Diego.** Hola, tabernero, mas vino, voto á los diablos!

*(Sale el tabernero.)*

**Pedro.** Sí, sí, mas vino. Creéis por ventura que somos cuatro colegialas? Qué se diría de nosotros mañana si se supiera que habíamos celebrado la velada de San Juan solo con dos botellas? Sabed, seor bautizador de toneles, que cada uno de nuestros gatzates necesita doble cantidad de la que habeis traído para todos.

**Fernando.** Con placer veo, don Pedro, que si bien el tiempo ha blanqueado vuestros cabellos, nada ha enfriado vuestro corazon.

**Diego.** Vive Dios, don Pedro, que con razon os tenian



en Flandes cuando joven por el primer calavera de nuestros tercios.

*Pedro.* Qué tiempos aquellos! Por el día nos entreteníamos matando flamencos; por la noche conquistando á sus mujeres. Pendencias, amoríos, francachelas... hé aquí mi juventud. Nuestras armas llevaban la victoria por todas partes. Ah! tarde olvida un veterano las costumbres del campamento. Y si bien ahora con mis cincuenta años y mis cabellos blancos soy una moneda que no tiene circulacion en el comercio de las damas, no olvido por eso que un veterano que ha servido bajo las banderas de don Juan de Austria, no debe contentarse con media botella de vino en la velada de San Juan. Bebamos.

*Diego.* Tenéis razon; fuerza es que los jóvenes como nosotros hagan honor al viejo soldado.

*Luis.* (Cuánto tarda!)

*Pedro.* Pero, qué hace el caballero don Luis, que tan distraido se halla? Está por ventura combinando alguna declaracion amorosa? O piensa en los desdenes de alguna dama, cuyo corazón de hierro no se ha ablandado al dulce martilleo de sus amorosas palabras?...

*Luis.* Dispensadme, señores, estaba distraido. Bebamos, caballeros, bebamos.

*Pedro.* A la salud de la señora de vuestros pensamientos, don Luis.

*Luis.* Deteneos. A la salud de vuestra esposa, don Pedro. A la salud de la mejor de las madres, de la mas virtuosa de las mujeres. (Beben.)

*Pedro.* Gracias, caballeros.

*Fernando.* (Observad á don Luis. No aparta sus ojos del rio.)

*Diego.* (Tal vez espera por aquella parte lo que le tiene distraido.)

*Luis.* (Iba á brindar á la salud de su hija... su presencia en este momento me hace daño.)

*Diego.* Sabéis, don Pedro, que cuando desperté vuestra mujer y no os encuentre á su lado, se va á poner furiosa?

*Pedro.* Os engañais: ella misma me aconsejó que viniese á pasar entre mis amigos un rato de buen humor.



*Fernando.* Y vos haceis bien en obedecerla, qué diablos! los maridos deben dejar libres á sus pobres víctimas en noches como esta. El Carnaval y la Verbenas son las fiestas que con mas afan esperan las mujeres. En ellas, á favor de su manto ó de un antifaz, corren sus aventuras olvidando por algunas horas el despótico trato de sus maridos egoistas. La luz de la aurora les hace recordar su deber, y vuelven á encerrarse en su jaula embelleciendo sus horas de fastidio con el recuerdo de las flores que les prodigó algun galán desconocido.

*Pedro.* Yo creo, don Fernando, que para las damas aventureras todas las noches son iguales. Jamás se me ha ocurrido que mi esposa pudiera abandonar su casa para venir á distraerse á orillas del rio en la valeda de San Juan. Seguro estoy que á estas horas duerme tranquilamente.

*Luis.* Doña María es una santa, y todos sabemos que su esposo, su hija y su devoción á Santiago, son los únicos pensamientos que abriga su mente.

*Pedro.* Al propósito de Santiago. No sabeis el último rasgo de la ilustre y poderosa avara la condesa del Pino?

*Diego.* Le ha regalado á su sobrina alguna docena de naranjas como lo hizo el día de su boda?

*Fernando.* Ha dotado á alguna de sus doncellas con algunos escarpines viejos?

*Diego.* Se ha muerto de hambre?

*Pedro.* No, amigos míos: su último rasgo de esplendor es el que mas le honra.

*Todos.* Contadlo, contadlo.

*Pedro.* Ya sabeis que á la puerta de las iglesias se agrupan á todas horas un sin número de infelices mendigos que reciben de las almas caritativas el sustento de su fatigosa existencia. Entre los que imploran la caridad de las devotas en las gradas de Santiago, se encuentra un infeliz tullido, á quien por su genio servicial y celo religioso muestran todos singular predileccion. Pocas son las personas acomodadas de la parroquia que no le dan todos los sábados una limosna. Solo la condesa del Pino tiene cerradas sus puertas para Juan el Tullido.



*Diego.* Eso no me estraña. *Luis.* Continúa. *Pedro.* Pues bien; hace tres noches se hallaba el templo lleno de bote en bote; se celebraban rogativas para que Dios aliviase los padecimientos de la reina. Las damas de la corte estaban ataviadas con sus mas lujosos trages, con sus mas ricos aderezos; la condesa del Pino se hallaba entre ellas. Concluida la ceremonia, regresó la poderosa avara á su palacio; mas considerad cuál sería su disgusto al ver que le faltaba un rico brazalete de diamantes. La ilustre condesa tuvo que meterse en cama. Tenia calentura. Al otro dia por la mañana le anunciaron sus criados que un pobre tullido que tenia por costumbre colocarse á la puerta de Santiago, deseaba hablarla de cierto asunto que podia convenirle. Al momento pensó en el brazalete, y dió orden de que le dejáran pasar. El mendigo entró, y la dijo: «Anoche en las gradas de Santiago me encontré esta joya; he visto en ella grabado vuestro nombre, y vengo á devolvérosela.» La condesa, loca de contento, cogió el brazalete con mano convulsa, y le dijo: «Vuelve mañana; quiero recompensar de una manera digna tu noble y honrado comportamiento.» El médico entró pocos momentos despues, y vió á la noble enferma levantada; la pulsó refunfuñando, y notó que la calentura habia desaparecido: estaba completamente buena. Juan el Tullido volvió al otro dia, y la condesa le regaló en pago de su honradez una bula.

*Diego.* Una bula á un mendigo!

*Todos.* Ja! ja! ja!

*Luis.* Vive Dios, que ni un perro judío se hubiera portado peor!

*Fernando.* Sabeis el castigo que le impondría á esa vieja miserable por su tacañería? Que nos dejara cuatro dias la administracion de todos sus bienes.

*Luis.* Yo le haria pedir limosna con Juan el Tullido, sin darle mas alimento que pan duro, agua y bulas.

ESCENA II.

DICHOS. JUAN EL TULLIDO, por el foro derecha.

Juan. Esa debe ser la taberna. Sí, allí está; esperaremos.

Luis. (Ah! por fin llegó!)

Pedro. Señores, puesto que las botellas están vacías, podemos, si os place, recorrer la orilla del río, por que aquí no pasa un alma.

Diego. Decís bien: vamos por ahí en busca de aventuras.

Fernando. Sí; recorramos las frescas orillas del Manzanares.

Pedro. Tabernero, (Sale el tabernero, recoge los restos de la cena y se retira.) recoged los restos de esta batalla, y tomad estas monedas para enterrar esos cadáveres de cristal. Al río, señores, al río.

Diego. Sí, al río, al río. (Se levantan. Don Luis por su parte permanece sentado.)

Pedro. Qué os quedais acaso, don Luis?

Luis. Sí, don Pedro; espero á un caballero.

Pedro. No troqueis los sexos. Decid á una dama.

Luis. Como gustéis.

Diego. Dios os dé suerte.

Luis. Gracias! Pronto me tendreis á vuestro lado.

Pedro. Pues, si queréis encontrarnos, ya lo sabéis á orillas del río.

Luis. No faltaré. (Vanse todos, menos don Luis y el Tullido.)

ESCENA III.

DON LUIS, JUAN EL TULLIDO.

Luis. Tu tardanza me tenía impaciente!

Juan. Con cincuenta años y unas piernas de madera, no se puede correr mucho.

Luis. Tienes razón, Juan. Pero habla, ¿la viste? ¿vendrá? Oh! no me tengas mucho tiempo en esta incertidumbre.

Juan. Poco á poco, caballero, y advertid que para que os diga lo que deseais saber, es preciso que no habléis vos solo.



*Luis.* Es verdad ; soy un loco ; perdona mi aturdimiento.

*Juan.* Estos enamorados se lo dicen todo , y se impacientan porque uno no halla ocasion de meter baza.

*Luis.* Habla , Juan , habla , no te interrumpiré más.

*Juan.* Ante todo , os diré que yo creia no poder serviros por esta vez.

*Luis.* Pero...

*Juan.* Cachaza. La misa mayor tocaba á su fin , pero ella no parecia. Esto , como podeis suponer , me tenia desorientado ; y por mas que buscaba el medio de que llegára nuestra carta á sus manos , no lo encontraba.

*Luis.* Prosigue.

*Juan.* Las puertas de su casa siempre estan abiertas para Juan el Tullido. Pero asi como su madre suele recibirme en su mismo cuarto , las habitaciones de la hija no se me han franqueado nunca.

*Luis.* Entonces...

*Juan.* Calma. Esto pensaba , cuando vuelvo la cabeza y veo que se aproximaban hácia el templo doña Elvira y...

*Luis.* Y su madre?

*Juan.* No. Y su dueña doña Inés.

*Luis.* Ah!

*Juan.* Llegan , y me adelanto á pedir una limosna , después de haberme quitado el sombrero , en el fondo del cual habia colocado de antemano vuestro billete. Entonces doña Elvira , con sus manos de nieve , depositó en él la limosna de costumbre , y tomó vuestra carta. Pocos momentos después salió del templo.

*Luis.* Y te dijo...

*Juan.* Ni una palabra. Pero su dueña , que se habia quedado detrás , se para delante de mí , y buscando en sus inmensos bolsillos una cosa que no encontraba , me dijo en voz baja : « Colocaos á las seis debajo de los balcones que dan á la calle de Santiago , y caerá á vuestros piés una carta que entregareis antes de las doce á don Luis. »

*Luis.* Y la carta?

*Juan.* Héla aquí. (Se la dá.)

*Luis.* Ah! (Lee.) « Don Luis : grande es el sacrificio que me exigis ; pero el deseo de saber ese secreto que tan

desgraciado decís que nos hace, y una voz misteriosa que me dice «cede,» me dictan estas palabras. Esperadme á la una junto al puente nuevo. — *Elvira.* — Gracias, Dios mío, gracias. Por fin podré revelarle esta noche este secreto que me prensa el corazón. Si ella me desprecia, si después de saberlo, me cierra las puertas de su cariño, solo me resta buscar la muerte en el campo de batalla. Y tú, pobre viejo, fiel confidente de mis amores, ven, abrázame, ya que á ti debo la dicha de verla esta noche.

*Juan.* Enhorabuena. Abrazad cuanto querais; pero sabed, don Luis, que esta es la última vez que os sirvo.

*Luis.* Qué dices, Juan! Por venturá no estás contento de mí?

*Juan.* Al contrario; sois demasiado bueno con este infeliz. Pero, sabed que cuando por primera vez me pedisteis con lágrimas en los ojos que entregara un billete á doña Elvira, llegaron hasta el fondo de mi alma vuestras palabras. Pero, luego he reflexionado, y mi conciencia me ha dicho: «Tú recibes inmensos beneficios de doña María, y la vendes.» El remordimiento me ha dado muy malas noches, y á Juan el Tullido le sobra de honradez y agradecimiento lo que le falta de salud y fortuna.

*Luis.* Nuestro amor es mas puro que la sonrisa de los ángeles.

*Juan.* Bien... bien... pero... (*Un reloj cercano dá la una.*)

*Luis.* La una! Adios. Espero que mañana vendrás á verme y te tranquilizaré. (*Al dirigirse hácia el foro entra don Félix y tropieza con él.*)

#### ESCENA IV.

DON LUIS. DON FÉLIX. JUÁN, algo apartado.

*Félix.* Abrid los ojos, mozo.

*Luis.* Dispensadme, hidalgo.

*Félix.* Vive Cristo, que no acostumbro á quedar pagado con una frase cortés, de una torpeza que recaé sobre mi individuo.

*Luis.* Pues á lós que como vos no se contentan con bue-



se nas razones, no tengo inconveniente en pagarles del modo que inas estimen.

*Felix.* Como!

*Luis.* Con la espada. Pero ahora estoy de prisa: buscadme mañana; vivo en la posada de los Reyes; id allá, y preguntad por don Juan de Lara.

*Felix.* Sois de Valladolid?

*Luis.* Allí he nacido.

*Felix.* Pues entonces quedo pagado con que me deis esos brazos que hace tres dias busco en vano por la corte.

*Luis.* Don Félix de Giron!

*Felix.* El mismo. *(Se abrazan.)*

*Juan.* *(Don Félix! Pues no es ese el nombre por el cual le ha reconocido mi bienhechora!)*

*Felix.* Vive Dios que la aventura es singular. Os busco hace tres dias por la corte como amigo, y os vengo a encontrar como enemigo á orillas del Manzanares.

*Luis.* Venís de Valladolid?

*Felix.* Si, de allí vengo, en donde he dejado á vuestra esposa espirando.

*Luis.* Hablad mas bajo, don Félix.

*Felix.* Teneis razon; á un caballero jóven no se le debe hablar de su esposa en voz alta en la velada de San Juan. La brisa de la noche podia llevar esa palabra intempestiva hasta los oidos de alguna hermosa.

*Luis.* Habeis dicho que mi esposa ofrece pocas esperanzas de vida?

*Felix.* Así lo aseguraban los médicos cuando salí de la capital. Pero qué teneis? estais conmovido?

*Luis.* No es nada. Permittedme que os deje por un momento.

*Felix.* No seré yo el que os detenga, pues tambien en este momento me esperan en otra parte.

*Luis.* Una palabra, don Félix: pensais volver á Flandes?

*Felix.* Tal vez dentro de dos dias.

*Luis.* Entonces no será extraño que os acompañe.

*Felix.* Hasta mañana, pues, y buena suerte.

*Luis.* Adiós, don Félix. *(Corro á encontrarlas.) (Vase.)*

*Felix.* Pobre mozo! Su esposa le hará cometer cualquier tontería. Pero, quién sabe! tal vez á estas horas sea don Juan un viudo de veinte y cinco años.

## ESCENA V.

DON FÉLIX. JUAN, *oculto tras de un árbol.*

Juan. (Yo he oído la voz de este hombre en alguna parte!)

Félix. Pero mucho tarda el mendigo... Habrá burlado mi confianza...

Juan. Quiero acercarme, y parece que una mano de hierro me detiene junto á este árbol.

Félix. Vanos temores! Yo le he visto por espacio de tres dias consecutivos entrar á todas horas en casa de Maria: los beneficios que de ella recibe le obligarán á ser agradecido, si no por mi, por ella. Además, de qué otra persona me podría fiar para una comision de ese género?

Juan. Vamos, vamos: me estoy atontando la cabeza... lleguemos... Tal vez sea una aprension mia... (Acercándose á don Félix.)

Félix. Ah? eres tu? y bien?

Juan. La he visto.

Félix. Habla.

Juan. Como de costumbre, el pobre tullido fué llevado á la presencia de...

Félix. Adelante.

Juan. Al verme, me alargó una moneda, que yo tomé, (y mientras besaba su mano en señal de agradecimiento, le dije en voz baja que tenia que hablarle de parte de don Alonso de la Rivera. Al oír vuestro nombre se estremeció, y se quedó mas pálida que la luna.

Félix. Ah! prosigue.

Juan. Al momento hizo retirar á sus criados, y me dijo: «sigueme.» Llegamos á su cámara, y cerró la

puerta: entonces la entregué vuestra carta, y puedo aseguraros, caballero, que su contenido la hizo mucho daño, y pues la vi llorar como una Magdalena, y hasta creo que oí los latidos de su corazón.

Félix. (Ya es mia!)

Juan. Despues quemó la carta, y enjugando aquellas lágrimas que me atormentaban, me dijo: «Di al que te envía que irá.»

Félix. Toma, mendigo.



Juan. Gracias, caballero: podeis guardar vuestra limosna para otro.

Felix. Orgullosos eres.

Juan. Qué quereis? cada uno es como Dios lo hizo. Además, si os he servido en esta cuestión, es porque creía hacer un bien á mi protectora, no por vos: aun tengo que servirla mucho para pagarla lo que la debo.

Felix. Entonces... solo te diré antes de partir, que sienta mal ese necio orgullo á tus harapos. (Vase.) (Juan hace un movimiento de desprecio.)

ESCENA VI.

JUAN.

Quién será este hombre? No sé por qué el corazón me dice que debo seguirle, espiarle. Su voz es tan pa-recida á la de Pascual Bruno... pero no! Cómo es posible que aquel miserable se hallara relacionado con doña Maria, con ese ángel que Dios ha depositado en la tierra para consuelo de los afligidos? Hace tres dias, cuando le vi por primera vez, me dijo: «Mendigo, sé que has recibido muchos favores de doña Maria de Tavira; si eres agradecido, puedo proporcionarte el medio de que se los pagues todos; ven esta noche á verme; vivo en la posada del Sol; á la otra parte del rio.» Aquel acento heló toda mi sangre. Cuando vol-ví la cabeza habia desaparecido. Una voz secreta me decía al oído: «acude á la cita,» y sin saber cómo me hallé á las diez de la noche á la otra orilla del rio, frente á la posada del Sol. Maquinalmente entré en el meson, cuando vino á sacarme de mi éxtasis una ma-no que se apoyó en mi espalda, y pareció esparcir por todo mi cuerpo un fuego que me hizo estremecer. Volví la cabeza, y vi á mi lado á ese hombre. «Te estaba esperando, me dijo: sigueme.» Y empezamos á cruzar como dos sombras los corredores de la posa-da, hasta que llegando á una puerta, me hizo entrar y cerró tras sí. «Esta carta, prosiguió, es preciso que llegue mañana á manos de doña Maria: no hay nada en el mundo que la interese mas que su contenido; so-lo puede fiarse á un hombre como tú que tanto la de-

bes: cualquiera imprudencia la perderia irremisiblemente. No olvides que mi bolsa ó mi puñal estan prontos á recompensar tus servicios. Cuando le entregues la carta, le dirás de palabra que don Alonso de la Rivera es quien te envia: no olvides el nombre, don Alonso de la Rivera. » Quise hablar, pero mi acento se ahogó en mi garganta, y salí del meson. Todo lo que sucede con este hombre parece providencial. Pero ¿qué, por ventura no puede ser mi sospecha hija de mi deseo? En nada mas que en la voz se parece al hombre que busco hace tantos años. Pero ese traje de caballero, esa barba que cubre como una careta su semblante, ¿no pueden desfigurarle á mis ojos? Vamos, vamos, Juan, tú deliras; tus padecimientos y el deseo de vengarte acabarán con tu juicio. Es esta por ventura la vez primera que has tenido la misma sospecha? Cuando algun transeunte negándote la limosna que le pedias te ha respondido con duro acento: «aparte el andrajoso! fuera el mendigo!» no te has figurado tambien que era Pascual Bruno? Oh, Dios mio! Dios mio! Si es ese el hombre que busco há veinte años, dame un rayo de tu divina cólera para arrancarle la máscara y confundirle á mis piés. Pero de todos modos debo espíarle: oh! esta noche no le perderé de vista: quién sabe si convirtiéndome en espía de ese hombre puedo servir á doña Maria de Tavira? Vamos á buscarle. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA, con manto. *(Foro derecha.)*  
 Nadie: sin embargo, esta es la taberna del Turco. Aquí es donde me cita ese hombre que ha venido á turbar mi tranquilidad. Cómo reconocerle despues de tanto tiempo!... Cuando cruzaba el puente por entre aquella turba de jóvenes... si alguno me hubiese reconocido, cómo vindicar mi conducta!... De todos modos mi conciencia está tranquila, pues un deber sagrado me obliga á dar este paso. Cuánto tarda!



— ESCENA VIII. —  
 DOÑA MARÍA. DON FÉLIX. JUAN, que se oculta atrás de un árbol de modo que le vea el público.

*Felix.* Una tapada! Si, esa debe ser su estatura.  
*Maria.* Ah! será él! Me examina con mucha atención.

*Juan.* (A pesar de mis piernas de palo, he dado caza á mi hombre! Oh, no se me escapará tan fácilmente! Yo sabré lo que le dice; y si es un secreto, que pueda comprometerla, morirá en el fondo de mi corazón.)

*Felix.* Si esta vez me engaño, por Cristo que van cuatro. Proémos: Señora, no se si seréis la que busco, y para salir de dudas, espero me permitais dirigiros dos preguntas.

*Maria.* (Es su voz.) Hablad.

*Felix.* Habeis recibido una carta por manos de un mendigo?

*Maria.* Sí.

*Felix.* Os llamáis María?

*Maria.* Sí.

*Felix.* Entonces podeis descorrer el velo. Yo soy el que buscais.

*Maria.* Si, don Alonso, vos sois el que busco, ó por decir mejor, vos sois el que me habeis obligado á venir.

*Felix.* Os estraña verme despues de diez y ocho años en la corte! Sin duda no me esperábais.

*Maria.* Sois libre para hacer de vuestra persona lo que os acomode.

*Felix.* Esquiva acudís á la cita.

*Maria.* Acabemos, caballero: (Saca una carta.) que significa esta carta? Con qué derecho me escribís estos renglones? (Lee.) «Si mañana á la una de la noche

no os encuentro junto á la taberna del Turco, á orillas del rio, á las dos mi puñal rasgará el corazón de vuestro esposo.»

*Juan.* (Infame! Cuando digo que este hombre... oigamos.)

*Felix.* Ah, María! los celos, la desesperacion, son los que me han dictado esas palabras. Pero tú, que sabes lo que te he amado, podias haber comprendido que que-

ria decirte: «te amo mas que nunca, quiero verte:»

— diez y ocho años de ausencia no han podido enfiar el amor que devora mi corazón.

*Maria.* Caballero! sin duda os olvidais que soy casada, que tengo una hija, y que por nada del mundo faltaré á la fe jurada al pié de los altares.

*Felix.* Conque es decir que aquellos juramentos, aquellas promesas de amor y fidelidad, se han borrado ya de tu memoria.

*Maria.* Recordad el pasado: mi familia se oponia á concederos mi mano. Sin embargo, yo hubiera sido vuestra esposa, si vos no hubierais desaparecido de Sevilla. Un año os esperé! En este tiempo corrieron ciertos rumores que vos no os tomásteis el trabajo de desvanecer con vuestra presencia, y para qué ocultároslo? me avergoncé de haber dado oido á las palabras de un hombre acusado de crimenes tan odiosos, y di mi mano gustosa á don Pedro de Guzman, á quien tanto debó, á quien tanto amo.

*Felix.* Basta, señora! creéis que os he citado para oír los elogios que tributais á vuestro esposo?

*Maria.* Entonces, solo me resta añadir que todo acabó entre los dos.

*Felix.* Si, tenéis razón; todo ha acabado entre nosotros; y puesto que sois tan franca con un antiguo conocido, razón es que yo lo sea con vos á mi vez. La nuestra edad el amor es una ridiculez, el dinero una necesidad.

*Maria.* No os comprendo.

*Felix.* Gente viene. Venid bajo este emparrado, y estaremos al abrigo de los curiosos.

*Juan.* (Sus palabras aumentan mis sospechas. Oh! no este perderé de vista.)

### ESCENA IX.

DON FELIX y DOÑA MARIA se sientan bajo el emparrado que está á la puerta de la taberna. JUAN pasa del árbol en donde estaba á otro mas próximo á los dos. DON LUIS, DOÑA ELVIRA y DOÑA INÉS, salen por el foro y se dirigen al cenador de la izquierda.

*Luis.* Aquí, lejos del bullicio, podremos con mas tranquilidad.



*Ines.* Chist!!! Hablad mas bajo: no veis allí una pareja?...

*Luis.* Entremos aquí: este cenador nos protegerá de los importunos.

*Elvira.* Don Luis, por la primera vez de mi vida he abandonado la casa paterna en horas semejantes, y conozco que he arriesgado mucho concediéndos esta cita.

*Ines.* Y yo, pues si don Pedro vuestro padre nos hallara corriendo aventuras por estos andurriales, estábamos frescas.

*Luis.* Tranquilizate, Inés: El honor de Elvira es tan precioso para mí como el mio mismo; yo te juro que sabré respetarlo. (*Don Luis conduce á doña Elvira al cenador.*)

*Inés.* Sí, pero las apariencias, porque si ven á dos doncellas con un mancebo... Calle! Pues maldito, el caso que hacen de mí. La Virgen de la Almudena nos protege. (*Se queda junto al cenador, y en el resto de la escena no cesa de ir hácia el foro.*)

*Maria.* Acabemos, don Alonso. He venido á la cita, porque es mi deber velar por la vida de mi esposo, y á pesar de lo espuesto que es bajar al rio en una noche como esta, no he vacilado un momento: vuestro puñal amenaza su existencia; yo vengo á preguntaros qué motivos teneis para lanzar amenaza semejante.

*Felix.* Para dejaros viuda no necesito emplear mi puñal. Tengo en la mano la sentencia de muerte de vuestro marido.

*Maria.* Pensais amedrentarme?...

*Felix.* Oh! no por cierto: vos misma os convencereis de la verdad.

*Elvira.* Hablad, don Luis, hablad, y ojalá que ese secreto que vais á revelarme no venga á robar la tranquilidad de mi alma.

*Luis.* Preparaos, pues, á oir la historia de un desgraciado, que solo alcanzando vuestro perdon podrá soportar la carga de su enojosa existencia.

*Maria.* (La feroz espresion de su mirada me dá miedo.)

*Felix.* Oidme, señora, seré breve. La guerra de Flandes me ha enriquecido por tres veces, pero el juego



ha vuelto á empobrecerme. Hace dos años, torné á España, y desde entonces la fortuna me ha sido siempre contraria. Pobre y á mi edad, difícil es que suba hasta donde ambiciono. Necesito oro, y he pensado en vos.

*Maria.* En mí!

*Felix.* Sí; en vos, ó por mejor decir en vuestro esposo, que es uno de los mas poderosos de la corte. Mi lenguaje os parecerá rudo, pero vos me habeis enseñado el camino. Si antes de dos dias no os decidis á partir conmigo á Italia y entregarme mil doblas de oro, pongo en manos del rey este documento, y vuestro esposo muere en una horca.

*Maria.* Ah!

*Juan.* (Esa condicion villana ha sido un rayo de luz que Dios me envía... no hubiera hecho mas el miserable que busco.)

*Felix.* Qué respondeis, señora?

*Maria.* Oh, yo no puedo creer lo que me estais diciendo!... y aunque así fuera, vos no seriais capaz...

*Felix.* De todo, señora.

*Maria.* Yo no os creo, don Alonso, no os creo: vos quereis amedrentarme.

*Felix.* Oid la historia de estos documentos. Vuestro esposo perdió en Flandes una suma considerable de dinero, y jugó, bajo su palabra de honor, otra mas considerable aun. Su padre se habia negado á mandarle mas recursos, y se iba á ver en un descubierto afrentoso. La deshonra ó la muerte eran los dos caminos á que le habia conducido el juego: aceptó la deshonra. Cediendo á las proposiciones de un flamenco poderoso, el cual le exigia por la suma que necesitaba la libertad de cincuenta gefes napolitanos que tenian prisioneros los españoles, quedaron convenidos, y vuestro esposo firmó estos documentos. Cuatro dias despues entró de guardia vuestro marido en la fortaleza donde estaban, y les puso en libertad. El rey no ha olvidado todavia las tres batallas que aquellos valientes jóvenes nos ganaron.

*Maria.* Eso no es cierto.

*Felix.* Mirad la firma de vuestro esposo.

*Maria.* Ah!



*Felix.* Dudais aun?

*Maria.* No, no; Satan solo podía haber depositado esos papeles en vuestras manos.

*Felix.* El flamenco era un buen jugador, y un día que se hallaba sin un cuarto, pensó sacar partido de ellos. Me habló, y nos convenimos. Oh! ya sabia yo que en mis manos esto era un tesoro.

*Juan.* (Está perdido.)

*Maria.* (Qué hacer; Dios mio; qué hacer!)

*Felix.* Ya sabéis mi resolucion; dentro de dos dias...

*Maria.* Oh! por piedad, don Alonso, entregadme esos papeles, y mientras viva bendeciré vuestro nombre.

Ah! Salvadle, salvadle!

*Felix.* Es inútil, señora. Vuestras lágrimas no me harán desistir. Soy el náufrago que se agarra al primer cable que le puede salvar; y ese cable sois vos. Mas sabed que no os perderé de vista, y que la menor palabra que revelárais solo serviria para impelerle mas pronto al abismo que tiene abierto á sus piés.

*Maria.* Pues bien: mañana...

*Felix.* No paseis recelo, yo os buscaré: vengo recomendado á vuestro esposo, y me vereis en vuestra misma casa. Pensad lo que os conviene, la muerte ó la fuga. (Vase poco á poco.)

*Maria.* Ah! (Cae abismada en una silla, y apoya la frente sobre la mesa.)

*Juan.* (Infame! Mi corazon no me engañaba... Probemos.) Pascual Bruno! (Don Félix vuelve la cabeza, y reconociendo su imprudencia, se dirige adonde está doña Marta, con calma.)

*Felix.* (Insensato! aun no has borrado ese nombre de tu memoria. Disimulemos.) (Juan pasa al otro lado de la escena para ocultarse mejor.) Señora, viene gente... No olvideis lo que os he dicho. (Vase.)

*Juan.* Otra vez la duda! su estremecimiento ha sido por el nombre que he pronunciado, ó por la gente que venia... Sigámosle... Oh, don Pedro! Huid, doña Maria.

*Maria.* Quién me llama? Nos habrán escuchado. Creo haber oído mi nombre... abandonemos este sitio. (Se dirige al foro, y vuelve.) Mi esposo! Estoy perdida!

*Elvira.* Vos casado! vos! y yo que os amaba tanto. Ah! (Cae desmayada.)



Luis. Inés! Inés! Sostenedla un instante, yo corro en busca de un carruaje que pueda conducirnos á casa.

*(Fase precipitadamente por el foro.)*

Inés. Buena la hemos hecho! Señora! Señora! Ah! Jesu-

cristo nos valga! su padre!

*(Don Pedro sale corriendo.)*

ESCENA X

DOÑA MARÍA, JUNTO Á LA TABERNA. DOÑA ELVIRA Y DOÑA

INÉS, EN EL CENADOR. JUAN, QUE HABRÁ PASADO POCOS MOMEN-

ENTOS ANTES Á LA IZQUIERDA, SE OCULTA DETRÁS DE UN

ÁRBOL. DON PEDRO, DON DIEGO Y DON FERNANDO.

*(Don Pedro sale corriendo.)*

Juan. Don Pedro aquí? qué hacer?... si sigo á ese hom-

bre, dejo abandonadas á las dos... mi deber es que-

darme, luego le buscaré.

Pedro. Juraría que es don Luis ese que ha pasado.

Fernando. No le he visto la cara.

Diego. Ni el que huye de la justicia corre mas que ese

mozo.

Pedro. Mirad, ya está á la otra parte del puente.

Pedro. Sea quien fuere, mal hace en dejar sola á su da-

ma. No seré yo tan poco galante... permitid que me

acerque...

Maria. El velo me favorece... probemos á salir.

Pedro. *(Deteniéndola.)* Un momento, mi dueño, y no

os enojéis si os digo que vuestro amante hace mal en

abandonaros á estas horas. *(Doña María hace señas*

*de que se aleje.)* Sois muda? Hé aquí una cualidad in-

apreciable en una mujer. *(Pausa.)* Os obstinais en ca-

llar? Bien, no me opongo; pero sabed que á pesar de

mis años tengo algo de caballero andante, y quiero

defenderos de la turba de calaveras que podriais ha-

llar en el camino. Cogeos de mi brazo, y os dejaré en

vuestra casa sin hablaros una palabra. *(Doña María*

*vuelve á hacer señas de que se vaya.)* Que me vaya? No

haré tal, hija mia. *(Don Pedro repara en este mo-*

*mento en un brazalet que lleva al brazo doña María,*

*y cogiéndola por la mano, la conduce bruscamente al*

*proscenio.)* Os he reconocido, María: es inútil vues-

tro silencio.

Maria. Entonces, respetad mi secreto.

*(Don Pedro sale corriendo.)*



**Pedro.** Que respete vuestro secreto me pedís, cuando vos, mujer infame, no habeis respetado mi honor! Acabemos! quiero saber el nombre de vuestro amante.

**Maria.** Soy inocente, don Pedro. Hé aquí todo lo que puedo decir.

**Pedro.** Conque os negáis á darme una respuesta?...

**Maria.** No puedo.

**Pedro.** Oh rabia! Por última vez, señora!

**Maria.** Ya os he dicho todo lo que podiais saber.

**Pedro.** Entonces, mi daga... *(Don Pedro hace un movimiento, y se contiene al oír la voz de su amigo.)*

**Diego.** Don Pedro, qué diablos! parece que os va gustando la tapada.

**Pedro.** *(Está bien, señora.)* Sí, amigo mio; por fin la he convencido, y me concede el alto honor de que la sirva de Rodrigon.

**Fernando.** No os fieis de él: es casado; y á vos, hermosa desconocida, os convendría mas un mozo soltero como yo.

**Pedro.** Señores, se ya haciendo tarde, y esta dama desea llegar cuanto antes á su morada.

**Diego.** Permittednos al menos que veamos la cara de vuestra protegida.

**Pedro.** De ningún modo. La he ofrecido mi protección, y espero, caballeros, que la respeteis.

**Fernando.** Entonces, don Pedro, hasta mañana, y buena suerte.

**Maria.** Dios mio! tú que sabes mi inocencia, detén la cólera de mi esposo.

**Pedro.** Vamos, señora. *(Vanse derecha foro.)*

**ESCENA XI.**

**LOS MISMOS, menos DON PEDRO y DOÑA MARIA.**

**Elvira.** Ah! Dios mio! Se me parten las sienas.

**Ines.** Valor, señora.

**Diego.** Habeis oído?

**Fernando.** Sí, por cierto; juraria que es una voz de mujer.

**Diego.** Callad: allí distingo un bulto.

*Juan.* (Entrando por la otra parte del cenador.) Por aquí, señoras, por aquí, y esperadme á la otra parte del puente. (Doña Elvira y doña Inés vanse por el primer bastidor de la izquierda. Juan, oculto en el cenador.)

*Fernando.* Pues lo que es estas no se nos escapan. (Se avalanzan los dos precipitadamente al cenador.)

*Juan.* (Saliendo con sombrero en mano.) Una limosna por amor de Dios! (Don Diego y don Fernando lanzan una carcajada.)

Sala fuerosamente amueblada al gusto del siglo XVI.  
Puerta en el fondo y laterales.

## ESCEÑA PRIMERA.

DOÑA INÉS, dormida en un sillón. DON PEDRO, por el

### FIN DEL ACTO PRIMERO.

*Pedro.* (Desde el foro.) ¡Duerma! (Aproximándose á doña Inés y sacudiéndola un poco.) ¡Duerma!

*Inés.* (Ay! El señor! las once mil vírgenes me amparan.)

*Pedro.* Sin duda habreisorado mucho esta noche.

*Inés.* Es que... como... y...

*Pedro.* Basta. Decid á mi esposa que la espero.

*Inés.* Voy, señor. (Que miedo he pasado! Creí que lo sabia todo.) (Vase por la puerta izquierda.)

## ESCEÑA II.

DON PEDRO.

Si es preciso acabar de una vez. Oh! daría diez años de mi vida por saber el nombre del rival odioso que así ha ultrajado mis casus. Pero y ella! Ella! ¿quien yo creía la mejor de las mujeres, ella por quien yo había sacrificado todo, y yo que había soñado una vejez tranquila, llena de encantos! Pero, Dios mío! puede ser esa mujer la misma que con la resignación de una mártir ha logrado arrebatarne de los brazos



## ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada al gusto del siglo XVI.  
Puerta en el fondo y laterales.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, dormida en un sillón. DON PEDRO, por el

FIN DEL ACTO PRIMERO

*Pedro.* (Desde el foro.) Dueña! (Aproximándose á doña Inés, y sacudiéndola un brazo.) Dueña!

*Ines.* (Ay! El señor! las once mil vírgenes me amparen.)

*Pedro.* Sin duda habreis rezado mucho esta noche.

*Ines.* Es que... como... y...

*Pedro.* Basta. Decid á mi esposa que la espero.

*Ines.* Voy, señor. (Qué miedo he pasado! Creí que lo sabia todo.) (Vase por la puerta izquierda.)

### ESCENA II.

DON PEDRO.

Sí, es preciso acabar de una vez. Oh! daría diez años de mi vida por saber el nombre del rival odioso que así ha ultrajado mis canas. Pero y ella! Ella, á quien yo creía la mejor de las mujeres, ella, por quien lo habia sacrificado todo, y yo que habia soñado una vez tranquila, llena de encantos! Pero, Dios mio! puede ser esa mujer la misma que con la resignacion de una mártir ha logrado arrancarme de los brazos

del vicio, purificar mi corazón, tranquilizar mi agitado espíritu? Oh! no encuentro un tormento bastante fuerte para castigar su repugnante hipocresía. Pero, y mi hija? Ah! no: por tí, Elvira mía, debo sacrificarlo todo... hasta mi venganza! Si esa mujer se obstina en guardar su criminal silencio, la obligaré á partir mañana, pero lejos, lejos de España. Tú, hija mía, serás el consuelo de este pobre anciano. Si, si, la separación es el mejor medio; que parta con su vergüenza, con sus remordimientos. Bajo un mismo techo no cabemos los dos, porque estoy seguro que la mataría, sí, la mataría, la mataría. *(Se deja caer en un sillón.)*

ESCENA III.

DON PEDRO. DOÑA MARÍA.

*Maria.* (Cuánto sufre!) Don Pedro!... *(Acercándose.)*

*Pedro.* *(Levantándose y lanzando en torno una mirada feroz.)* Quién me llama? Quién osa interrumpir mi silencio?

*Maria.* Perdonad: me habían dicho que me esperarais... me retiro. *(Va hacia la izquierda.)*

*Pedro.* Ah! sois vos! quedaos, señora, quedaos. *(Se levanta y pasea por la escena distraído.)*

*Maria.* (Dios mío! inspirame un medio eficaz para revelar este secreto sin comprometerle.)

*Pedro.* Señora, os he mandado llamar para preguntaros por la última vez el nombre de vuestro cómplice y el objeto de vuestra cita á orillas del río.

*Maria.* Es un secreto que no puedo revelaros, don Pedro. Dios ve mi inocencia; vuestra es mi vida. Matadme, pero no me preguntéis más, porque nada más puedo deciros.

*Pedro.* Ira de Dios! Estas mujeres cuando no tienen pruebas con que desvanecer sus delitos, ponen á Dios por testigo de su mentida inocencia, confiando en que Dios no se tomará la molestia de venir á arrancarles la careta.

*Maria.* Vuestro puñal no me haría tanto daño como vuestras palabras. Hoy me confundís entre las mujeres que invocan el nombre de Dios impunemente; tal



vez mañana me colocareis al lado de los mártires. Las apariencias estan en favor vuestro. Pero sois inocente, os lo juro por la salvacion de nuestra hija.

*Pedro.* No conoceis, desdichada, que si me dejo llevar de mi corage, mañana será tarde para vindicaros?

*Maria.* Mi dueno sois: si Dios no os dá bastante valor para esperar el dia de mi justificacion, matadme; mi último aliento será para bendeciros.

*Pedro.* Mataros! toda vuestra sangre no serviría para lavar mi afrenta. Pero olvidais, señora, que vos habeis sido la primera mujer que he amado con delirio, y á quien amo todavia como un insensato? Vuestra vida! Qué me importa vuestra vida? Por ventura cuando os viera muerta á mis piés se acabarían mis padecimientos? Podria arrojar de mi corazon el roedor gusano de los celos que acibarando mi existencia me acompañará hasta la tumba?

*Maria.* Oh! Dios mio! (*Se cubre la cara con la mano.*)

*Pedro.* Llorais? Solo eso os faltaba para representar mejor vuestro papel de victima. Acabemos, señora: no he venido para veros llorar, he venido por una satisfaccion, y la espero.

*Maria.* Lo que sabeis es cuanto tengo que deciros.

*Pedro.* Con que os negais?

*Maria.* Un deber sagrado me impone este silencio, y aun á costa de mi vida sabré guardarlo.

*Pedro.* Esta mujer acabará por volverme loco. (*Se pasea.*)

*Maria.* (Sálvese él! Qué me importa lo demás?)

*Pedro.* Bien está, señora. Disponéos para salir de esta casa.

*Maria.* Qué decis! Me arrojais de vuestro lado?

*Pedro.* La virtud y el crimen no deben vivir bajo un mismo techo.

*Maria.* Oh vergüenza!

*Pedro.* Mañana al amanecer tendreis á la puerta del jardin un carruaje que os conducirá adonde vos queráis... pero fuera de España... aun podeis ser feliz no acordándoos de este pobre viejo.

*Maria.* Oh! vos no sereis tan cruel que me arrojéis ignominiosamente de vuestro lado despues de diez y nueve años... yo no quiero, no quiero separarme de

vos, de mi hija, que tanto amo. Matadme antes que separarme de mi Elvira... no, no me arrancarán de vuestro lado. Miradme á vuestros piés; imponedme todos los tormentos imaginables; yo los sufriré gustosa, besaré vuestra mano, bendeciré vuestro nombre, pero no me separéis de mi hija, no quiero... no quiero, lo oís? No quiero separarme de mi hija.

*Pedro.* Preparaos para darle el último adios.

*Maria.* Pues bien... ya que es preciso, os lo diré todo.

*Pedro.* Hablad.

*Maria.* Oh! qué iba á hacer, desdichada!!

*Pedro.* Hablad.

*Maria.* (Dejándose caer en un sofá.) No puedo.

*Pedro.* Hola! (Sale doña Inés al foro.) Decid á doña

Elvira que su madre la espera. (Vase doña Inés.—

Acercándose á doña Maria.) Que no sepa nunca el

motivo de vuestro viaje, porque la vergüenza la ma-

taría. Buscad algún pretesto: no os será difícil en-

contrarle. (Vase.)

#### ESCENA IV.

DOÑA MARIA.

Yo no debo obedecer la orden de mi esposo. Seria una imprudencia entristecer á ese ángel con la nueva de una separacion que no puede efectuarse. Esto debe acabar hoy mismo. Si es preciso buscaré á ese hombre, le daré todas mis joyas, todo el oro que ambicione, por esos papeles. Si desprecia mi súplica, si se obstina en que le acompañe... entonces Dios vendrá en mi ayuda, porque Dios no abandona al bueno.

#### ESCENA V.

DOÑA MARIA. DOÑA ELVIRA.

*Elvira.* Madre mia, me ha dicho Inés que queríais hablarme.



*Maria.* Sí, Elvira; siéntate á mi lado! Pero estás pálida, hija mia! Tú padeces. No tienes confianza en tu madre para confiarle tus penas?

*Elvira.* Decidme, madre mia, me quereis mucho?

*Maria.* Por ventura se puede aborrecer á los ángeles?

*Elvira.* Es que necesito de todo vuestro cariño para que me perdoneis.

*Maria.* Y qué madre no perdona las faltas de una hija, por grandes que sean?

*Elvira.* Es que soy muy culpable, madre mia, pues siendo vos tan buena, tan cariñosa para conmigo, he sido tan ingrata que no os he confiado un secreto.

*Maria.* Que yo he sorprendido: los ojos de una madre se engañan pocas veces. A los diez y seis años, hija mia, no se tiene suficiente fuerza de voluntad para ocultar las pasiones que se apoderan del corazón. Hace un año que amas á un hombre.

*Elvira.* Pero quién ha podido revelaros?

*Maria.* Tú misma, hija mia; acababas de cumplir quince años, y eras, como todas las jóvenes de tu edad, alegre, bulliciosa. De pronto cambió tu genio, y se hizo triste, reflexivo; tu mirada adquirió una languidez dulce, tranquila; tus mejillas perdieron su sonrosado matiz; y el amor, que empezaba á echar sus raíces en tu joven corazón, no cabiendo en su estrecha cárcel, asomaba muchas veces á tus labios envuelto en tus suspiros. Entonces conocí que amabas, y quise saber si el hombre que habia elegido tu corazón era digno de ti.

*Elvira.* Ah! madre mia, cuán buena sois!

*Maria.* (Y tendré valor para abandonarla?)

*Elvira.* Continuad, continuad; vuestras palabras me hacen mucho bien.

*Maria.* Desde el momento que sorprendí tu secreto, era mi deber velar por tu honor. Todas las noches te veía bajar al jardín y hablar al través de la reja con un hombre á quien no podía reconocer... luego te retirabas... yo esperaba á que el sueño cerrara tus ojos para colocarme al pié de tu cama, donde permanecía una hora rogando á Dios para que te hiciera feliz.

*Elvira.* Y yo que temia revelaros mi secreto!

*Maria.* Una noche estaba contemplando tu sueño, cuán



do de entre tus cerrados párpados se desprendieron dos lágrimas... me acerqué á tu cabecera, imprimi suavemente mis labios en una de aquellas lágrimas... tú pagaste aquel beso con otro, pero al salir de tu corazón no habia salido solo, pues tus labios pronunciaron un nombre, don Luis: tu sueño me habia descubierto el nombre de tu amante.

*Elvira.* Perdon, madre mia, perdon! *(Se arrodilla.)*

*Maria.* No es así como debes estar: ven á mis brazos, hija mia; el amor es una gota celestial que Dios derrama en los corazones sensibles para endulzar las amarguras de la vida. Tú esperas mi perdon... pues qué, ¿por ventura es delito el amar, cuando entregamos nuestro corazón á otro digno de él? Don Luis es un caballero, y yo creo que tu padre no le negará tu mano.

*Elvira.* Ah! madre mia, vos no sabeis mas que la mitad de mi secreto: pluguiese á Dios que no hubiese conocido nunca á ese hombre!

*Maria.* Habla, Elvira, habla: tus palabras me dan miedo. Por ventura te ha olvidado?

*Elvira.* No, no. Don Luis me ama ahora mas que nunca, así, él me lo ha jurado, y su acento, su expresión, todo me revela que no me engaña.

*Maria.* Entonces...

*Elvira.* Pero á pesar de ese amor que me jura, y del que yo no dudo, don Luis no puede ser mi esposo sin que la muerte tienda su descarnada mano sobre una mujer que no conozco, pero que le hace el mas infeliz de los mortales. Ese hombre es casado.

*Maria.* Miserable! Con que es decir que despues de haber turbado la tranquilidad de tu alma, haciéndote brotar en tu inocente corazón ese amor que no se olvida nunca, te ha dicho que no podia darte la mano de esposo porque era casado? Oh! yo veré á ese hombre, y le haré ver lo infame de su conducta.

*Elvira.* Oh! no le digais nada, madre mia; yo ya no le amo, no: le aborrezco. Os juro que no me acordaré nunca de él, y que me vereis tan alegre como antes de conocerle. Oh! Dios mio! Dios mio!

*Maria.* Olvidarle, cuando tus ojos estan derramando lágrimas de fuego tal vez por él! Pero no: tú le olvi-



no darás: no es verdad, hija mia, que le olvidarás? Tú mismo debes acordarte nunca de ese hombre. Tu honor es antes que todo. Con sola una mirada te deshonra.

*Elvira.* Le olvidaré.

*Maria.* (Pero, Dios mio, en qué momento ha ido á revelar-me su fatal secreto, cuando se me obliga á abandonarla! Oh! no, me quedaré aunque se oponga el mundo entero. Yo no puedo, no debo, no quiero dejar á este ángel entregado á sí mismo, sin mas confidente que su dolor, sin mas consuelo que sus lágrimas.) Valor, hija mia, valor.

*Elvira.* Sí, madre mia, lo tendré. Pronto vereis en mis labios renacer la sonrisa de otros tiempos.

ESCENA VI.

*Elvira.* Ah! madre mia, vos no sabéis mas que la mi-  
 tad de mi secreto. DICHAS DOÑA INÉS.

*Inés.* Señora, en la antecámara espéra ese pobre Va quien favorecis con vuestras limosnas.

*Maria.* (Nuestros padecimientos no nos deben hacer olvidar á los demas.) Socórrele, y dile que hoy no puedo recibirle como de costumbre. (Vase doña Inés.)

ESCENA VII.

*Elvira.* Pero á pesar de mi dolor, yo no dudo, don Luis no puede ser mi esposo sin que la inocencia, pero que le hace el mas infame de los hombres, me sea fiel.

*Maria.* Hija mia, calma tu agitado espíritu, y pídele á Dios que no te olvide.

*Elvira.* Adios, madre mia, y pedidle vos tambien por vuestra hija.

*Maria.* Confía en su infinita misericordia, y él te enviará el bálsamo que cicatrice las heridas de tu corazón.

*Elvira.* Sí, confiemos.

*Maria.* Descansa un breve instante. Pronto iré á verte para unir mis súplicas á las tuyas. (Vase doña Elvira.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA, queda pensativa. DOÑA INÉS, por el foro.

*Inés.* (No he visto pobre mas fastidioso; bien decía fray Blas; á los pobres no se les puede mirar con ojos compasivos.) Señora...

*Maria.* Qué quieres, Inés? Deseo estar sola... acaba.

*Inés.* Ese andrajoso dice que no ha venido hoy por una limosna, sino á hablar con vos de un asunto interesante.

*Maria.* (Traerá otra vez nuevas de don Alonso.) Déjale pasar.

*Inés.* (Pues, ya estará contento. Se salió con la suya.) Vamos, la señora es demasiado buena con ese mendigo desvergonzado. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA. Luego JUAN EL TULLIDO.

*Maria.* Qué me querrá? Estoy segura que no se hubiera atrevido á instar por segunda vez, si su venida no tuviera otro objeto que la de implorar mi caridad. (Juan aparece á la puerta del foro. Doña Maria hace señas á doña Inés de que se retire, y á Juan que entre.) Habla, Juan; dime en qué puedo servirte, pero sé breve.

*Juan.* Señora... ante todo quisiera saber si se podrá oír lo que voy á decir.

*Maria.* Tanto importa el secreto?

*Juan.* A vos más que á nadie, señora.

*Maria.* (Se dirige á la puerta del foro.) Inés! Inés! (Esta aparece.) Ha salido don Pedro?

*Inés.* No señora: se ha encerrado en su cuarto, dando orden de que no le interrumpan.

*Maria.* Colócate en el corredor que dá á su habitacion, y avísame cuando salga.

*Inés.* Bien, señora. (Vase Inés. Doña Maria se sienta á un extremo del teatro.)

*Maria.* Acércate, Juan, y habla sin temor.



*Juan.* Anoche, señora, fuisteis á la *Taberna del Turco*.

La Providencia sin duda me condujo allí para que oyera todo lo que hablasteis con don Alonso.

*Maria.* Con que es decir que has sorprendido mi secreto; y vienes á imponerme el precio de tu silencio?

*Juan.* Mal me juzgais, doña Maria. Vengo á salvaros.

*Maria.* Tú!

*Juan.* Sí, yo. El pobre mendigo puede devolver la tranquilidad á la noble señora; y viene á suplicarles que le oiga por un momento.

*Maria.* Eso no es posible.

*Juan.* Todo se puede, con la ayuda de Dios.

*Maria.* Ah! tal vez te has encontrado unos papeles!

*Juan.* No, pero puedo hacer que los deposite en vuestras manos el hombre que los tiene; de conozco hace muchos años, y espero que nos entenderemos.

*Maria.* Tus palabras encierran un misterio que me horroriza.

*Juan.* Tranquizaos, señora. Él y yo tenemos que arreglar cuentas muy antiguas, y si me ayudais esta noche, sereis dueña de esos papeles.

*Maria.* Mi corazon me dice que tenga confianza en tus palabras: pero si me engañas!

*Juan.* Eso sería engañarme á mi mismo, porque yo necesito de vos en este momento, tanto como vos necesitais de mí.

*Maria.* No te comprendo, Juan. Descorre de una vez el velo de tus misteriosas palabras.

*Juan.* Oidme! Hace veinte años que ese hombre que tiene vuestra suerte en sus manos, cometió un crimen de aquellos que la sociedad no puede recordar sin horrorizarse.

*Maria.* Con que eran ciertas las voces que corrieron por Sevilla?

*Juan.* Si; pero vos, señora, no sabeis por completo la historia del miserable que se atrevió á hablaros de amor.

*Maria.* Oh! no me ocultes nada, Juan: habla, y luego dime lo que he de hacer.

*Juan.* Ese hombre no se llama don Alonso de la Rivera ni don Félix Giron: su verdadero nombre es Pascual

Bruno. Su padre era un rico mercader de Cádiz. En el cuarto segundo de la casa del comerciante vivía un caballero llamado don Esteban de Fonseca, el cual tenía una hermana hermosa como un ángel. Pascual Bruno logró cautivar el corazón de aquella joven, y el viejo comerciante pidió á don Esteban la mano de su hermana para su hijo. Poco tiempo despues se celebraron sus bodas. Pero ¡ay! no sabía á quién había entregado la mano de su hermana. Pascual Bruno era un miserable: el vicio había secado su corazón. Las alternativas de su suerte, los arrebatos de su cólera cayeron sobre su joven esposa, la cual sufría con la resignacion de una mártir hasta los golpes que la prodigaba.

*Maria.* Y esa mujer vivía con un monstruo semejante?

*Juan.* Luisa amaba á su esposo, iba á ser madre, y sufría con resignacion la suerte que Dios la destinaba.

*Maria.* Pero, y su hermano?... Qué hacia su hermano?

*Juan.* Lo ignoraba todo; pues aunque mil veces le había preguntado la causa de su tristeza, el origen de las lágrimas que continuamente asomaban á sus ojos, ella siempre le aseguraba que era feliz.

*Maria.* Desgraciada!

*Juan.* Un año despues del dia de su casamiento, Luisa dió á luz una niña. Aquella misma noche la justicia se apoderó de don Esteban y le sepultó en un calabozo de la Inquisicion. Le acusaban de haber asesinado y robado al viejo mercader, y eran sus acusadores Pascual Bruno y su esposa. El era inocente, pero los verdugos de ese tribunal odioso le pusieron en el tormento, y el dolor le arrancó la confesion de un crimen que no había cometido. Ocho años permaneció en aquellas mazmorras, hasta que un dia el pueblo, rompiendo las puertas de aquella repugnante cárcel, puso en libertad á todos los presos. Don Esteban se vió libre y corrió á casa de su hermana, pero ella y su esposo habían desaparecido pocos dias despues de la muerte del mercader. Entonces buscó á un venerable sacerdote antiguo amigo suyo, y este le dijo que hacia seis años que Pascual Bruno había abandonado á su mujer, y que á esta la falta de salud



y la miseria la habian conducido á un hospital de incurables.

*Maria.* Esto es infame! Corrió al hospital; pero en qué estado la encontró! Estaba espirando. Los dos hermanos se reconocieron, y Luisa se lo contó todo. Pascual Bruno habia perdido sus bienes, y exigió á su padre que le hiciese donacion de los suyos: el viejo le dijo que mientras viviera no lograria lo que deseaba. El hijo clavó entonces el puñal en el corazon de su padre.

*Maria.* Oh! qué horror! Pero aquella desgraciada, por qué denunció á su hermano siendo inocente?

*Juan.* Su esposo la amenazó con que mataria á su hija si se negaba á dar la misma declaracion que él: la infeliz tuvo miedo, y obedeció. Qué no hace una madre por una hija?

*Maria.* Pero cuando se vió libre, de su infame esposo, por qué no declaró la verdad á los tribunales?

*Juan.* Pocas horas despues de la muerte de su hija quiso ir á declararlo todo, pero le dijeron que su hermano habia muerto, y no pudiendo salvarle, no se atrevió á perder á su marido, á quien amaba todavia, á pesar de haberla abandonado.

*Maria.* Pero tú, cómo sabes esa historia? Con qué pruebas cuentas para arrancarle esos papeles?

*Juan.* Con sus remordimientos, señora. Yo no me llamo Juan, soy don Esteban de Fonseca. Este traje y el nombre que llevo me han servido para sustraerme de la justicia y para buscar á ese miserable por espacio de doce años. Yo espero que al levantarme ante él como una sombra que ha abandonado su sepulcro y viene á pedirle cuenta de sus acciones, caerá á mis piés anonadado.

*Maria.* Decid lo que debo hacer.

*Juan.* Es preciso obrar con prudencia, porque ese malvado no retrocede ante ningun crimen. El oro es el mejor medio para que caiga en mis redes.

*Maria.* Disponed, don Esteban.

*Juan.* Llamadme Juan, señora. Los tormentos de la Inquisicion han dejado sin movimiento estas piernas, así como la historia que os he contado ha hecho que cambiara mi verdadero nombre por el que llevo: to-

do lo he perdido, y á este anciano no le queda otro recurso mientras viva que implorar la caridad de las almas compasivas.

*Maria.* Anciano, yo te ofrezco el dia en que mi esposo me devuelva su cariño un lugar en mi mesa. Pero dime qué debo hacer: no perdamos tiempo.

*Juan.* Reunid una cantidad de dinero capaz de halagar la ambicion de ese hombre. Entregadme la llave de la puerta del jardin para que yo pueda hacer otra igual. Estad vos en él á las doce de la noche: yo lo estaré para esa hora: ofrecedle el dinero por los papeles; si acepta, se lo entregais: si rehusa, dejadme á mí lo demas.

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA INÉS.

*Inés.* Dispensadme, señora. Un caballero llamado don Alonso de la Rivera pregunta por don Pedro.

*Maria.* Ah! es él!

*Juan.* Decidle que pase: citadle vos misma.

*Maria.* (A doña Inés.) Decidle que pase, y avisad á mi esposo. (Vase doña Inés.)

*Juan.* No quisiera que me hallara aquí.

*Maria.* Entra en mi cámara, y si tienes prisa, puedes salir por la puerta que dá al corredor.

*Juan.* Y la llave?

*Maria.* Yo haré que llegue á tus manos.

*Juan.* Prudencia, y hasta la noche.

*Maria.* Hasta la noche, Juan. (Vase Juan.)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA.

Dios mio! Cuán grande es tu misericordia! Reconozco en ese mendigo tu justicia, y mi corazon se eleva hácia ti para decirte: no me abandones en este instante.



DOÑA MARÍA. DON FÉLIX. DOÑA INÉS, *al foro*.

*Ines*. Esperad en esta sala; voy á avisar á don Pedro.

*Felix*. Decidle que le traigo una visita de un antiguo amigo suyo; pero sentiria en el alma se molestase en lo mas minimo por mi. (*Vase doña Inés.*) (*Entrando.*) Ah! sois vos? dispensad, señora; no os habia visto.

*Maria*. (Dios mio! dadme suficiente valor para oir las palabras de este miserable.)

*Felix*. No os dignais responder, señora?

*Maria*. (Conviene que no sospeche...) Anoche caballero, fuí sorprendida por mi esposo.

*Felix*. Tanto mejor. Así os decidireis mas pronto á partir.

*Maria*. Caballero, esa respuesta...

*Felix*. Ya os dije que seria franco con vos: perdonad mi rudeza.

*Maria*. (Infame!)

*Felix*. Y bien, qué habeis decidido?

*Maria*. (Valor.) Un mendigo os entregará la llave de la puerta del jardin: estad en él á las doce de la noche.

*Felix*. Oh! yo bien sabia que por fin os decidiriais á acompañarme.

*Maria*. No olvidéis los papeles.

*Felix*. Van siempre conmigo. Pero se me ocurre una advertencia. Como el viaje es largo, y vos lo querreis hacer con alguna comodidad, no hagais caso de la suma que os dije; aprovechad la ocasion, qué diablos! Por cien doblas mas ó menos no empobreceréis á vuestro marido.

*Maria*. (Oh, acabemos!... Esta conversacion me averguenza.) Dispensadme, caballero; mi esposo va á salir, y estoy algo conmovida.

*Felix*. Hasta la noche, señora.

*Maria*. No faltaré. (Este hombre no tiene corazon.) (*Vase.*)

## ESCENA XIII.

DON ALONSO. *Luego* DON PEDRO.

*Felix.* Será mia, si: con el precioso talisman que poseo, no le queda otro recurso mas que obedecer.

*Pedro.* (*Saliendo.*) Dispensadme, caballero, si os he hecho esperar.

*Felix.* Al contrario, don Pedro, yo soy el que debe pedir os perdon á vos por haberos distraido de vuestras ocupaciones.

*Pedro.* Ante todo, caballero, podré saber á quién tengo el honor de hablar?

*Felix.* Mi nombre es don Félix de Giron; vengo de Valladolid, y os traigo una visita de don Blas de la Fuente, antiguo camarada vuestro en Flandes.

*Pedro.* Don Blas fué mi mejor amigo: yo no he olvidado, á pesar de mis años, aquellos tiempos; podeis disponer de cuanto valgo.

*Felix.* Vuestra amistad es cuanto ambiciono.

*Pedro.* Contad con ella. Solo siento no poder dedicaros este dia para daros una prueba del aprecio en que os tengo. Pero vos, permaneceréis en la corte algunos dias?

*Felix.* Asi lo creo.

*Pedro.* (Cómo despedir á este hombre?...)

*Felix.* (Pobre marido! Cuán lejos está de saber á quién ofrece su amistad.)

*Pedro.* Habéis servido, don Félix?

*Felix.* He sido como vos soldado en los ejércitos españoles en Flandes y en Italia.

*Pedro.* Y pensais volver por aquellos paises?

*Felix.* Si os he de ser franco, no me causaría ningun disgusto dejar á España.

*Pedro.* Decis bien, caballero; quién pudiera volver á aquellos tiempos!

*Felix.* Qué diablos! No parece sino que todos los amigos que encuentro desean abandonar la corte. Anoche mismo encontré á un amigo junto á la taberna del Turco, y me hizo la misma pregunta que vos; y por cierto que el jóven galanteador don Luis, no habia de conquistar mas mujeres en Flandes que en España.



*Pedro.* Conoceis, según parece, á don Luis?

*Felix.* Sí; y por cierto que me dejó con la palabra en la boca despues de haber estado buscándole por espacio de tres dias. Pero no me estraña, tal vez le estaria esperando alguna dama: un jóven como él no pasa la velada de San Juan sin correr algunas aventuras... pero estais distraido; qué diablos! entre soldados... la franqueza no debe perderse. Tal vez os estoy robando un tiempo precioso, y si llegára á saber que por mi sacrificabais la menor de vuestras ocupaciones, creeria que no quereis honrarme con vuestra amistad.

*Pedro.* Pues bien, don Félix, seré tan franco como vos lo sois, puesto que en este instante os cuento en el número de mis amigos. Quisiera concluir ciertos asuntos antes de la noche.

*Felix.* Así se trata á un soldado. Adios, don Pedro. Mañana continuaremos nuestra conversacion.

*Pedro.* Sí, mañana seré vuestro: tened la bondad deirme dónde vivís.

*Felix.* Yo vendré á veros. Vivo en una posada, y no estoy seguro de permanecer en ella.

*Pedro.* Como gustéis.

*Felix.* Hasta mañana, don Pedro.

*Pedro.* Hasta mañana, don Félix.

#### ESCENA XIV.

DON PEDRO, *permanece un momento como abismado.*  
*Luego aparece DOÑA INÉS.*

*Pedro.* Oh! ese hombre ha derramado un rayo de luz en el oscuro recinto de mis sospechas. Don Luis! ese nombre ha hecho latir mi corazón, porque mi memoria ha recordado todos los pormenores de la noche pasada. El brindis, su distraccion, su permanencia á la puerta de la taberna cuando todos abandonábamos aquel sitio... Ah! si tal vez ellos... (*Se dirige al foro y llama.*) Inés! Inés! probemos, nada cuesta... (*Inés, saliendo. Don Pedro la coge por el brazo, y la conduce bruscamente al proscenio.*)

*Ines.* Por San Bartolomé! señor, que me rompeis el brazo.

*Pedro.* Dueña, vais á responderme á lo que voy á preguntaros... pero, ay de vos si mentís!

*Ines.* (Todo lo sabe! San José nos proteja.)

*Pedro.* Adónde fuisteis anoche?

*Ines.* Señor, si...

*Pedro.* Responded, ó... vive Dios!

*Ines.* Al río, señor.

*Pedro.* Quién os acompañó?

*Ines.* Señor, por la...

*Pedro.* Responded, ó de lo contrario...

*Ines.* Don Luis, señor.

*Pedro.* Bien está! Si apreciáis vuestra lengua, no lo reveléis á nadie.

*Ines.* (Muda! Dios me libre. Primero muerta.) Pero, señor, reparad que yo solo...

*Pedro.* Basta! (Vamos á prepararlo todo. Luego buscaré á ese hombre. Yo le haré ver á ese miserable que aun no me tiembla la mano.) (Vase.)

#### ESCENA XV.

DOÑA INÉS. Luego DON LUIS.

*Ines.* Buena la hemos hecho! En cuanto sepa la señora que la he descubierto... Pero qué remedio habia? Aun me duele el brazo... Ay! no se puede ser blanda de corazón. La primera vez que lo fui... pero no quiero recordarlo... desde entonces me vienen todas las desgracias.

*Luis.* (Saliendo.) Inés?

*Ines.* Ay! solo esto faltaba.

*Luis.* Inés, no he podido resistir por mas tiempo: la incertidumbre me devora, y vengo á saber por qué no os hallé anoche en el sitio en donde os dije que me esperarais.

*Ines.* Señor, por la corte celestial, marchaos antes que salga don Pedro.

*Luis.* Pero, y Elvira? Responde: y Elvira?...

*Ines.* Buena, muy buena; pero salid por Dios, que no os encuentre en esta casa mi señor.



*Luis.* Tranquilizate, Inés; soy amigo de don Pedro, y no es esta la vez primera que me honro entrando aquí. Vé, Inés, dila que aun podemos ser felices: que si abriga un resto de compasion hácia el hombre que tanto la ama, que me espere en el jardin.

*Ines.* Yo no la digo nada, lo ois? nada; y haced el favor de tomar la puerta... la señora!... Allá se las avengan como puedan. (*Don Luis sigue á Inés hasta que esta desaparece por el foro.*)

### ESCENA XVI.

DICHOS. DOÑA MARÍA.

*Maria.* Corramos al lado de ella! Pobre hija mia; ahora necesitas de las caricias de tu madre mas que nunca. Don Luis!

*Luis.* Señora!

*Maria.* A quién buscais, caballero?

*Luis.* Venia... (la mentira quema mis labios... prefiero confesárselo todo.)

*Maria.* Salid, caballero.

*Luis.* Qué decís?

*Maria.* En esta casa se os ha recibido como uno de los mejores amigos. Habeis abusado de la amistad, y desde hoy estan cerradas las puertas para vos.

*Luis.* Pues bien, puesto que lo sabeis todo, oidme y perdonadme.

*Maria.* Ni una palabra mas, caballero. Salid. Elvira no os ama, os desprecia.

*Luis.* Vuestras palabras me desgarran el corazon. He sido muy culpable, lo conozco; pero vos sois buena, y espero que vuestro perdon caerá sobre mi frente. (*Cae á sus piés.*)

*Maria.* Salid, caballero, salid.

### ESCENA XVII.

DICHOS. DON PEDRO.

*Pedro.* Miserable! y os atrevéis á pasar los umbrales de la casa que habeis mancillado?

*Maria.* (Todo lo sabe.)

*Luis.* Ah! don Pedro, sed vos mas compasivo, y oidme.

*Pedro.* Retiraos, señora. Y vos, caballero, voy á ver si teneis tan fuerte el brazo como corrompido el corazon.

*Maria.* Dios mio! Deteneos! deteneos!

*Pedro.* Apartad. En guardia, caballero. (*Desnuda la espada.*)

*Luis.* Matadme. Mi espada no tiene punta para vos.

*Pedro.* Ira de Dios! Con que es decir que añadís á la deshonra la compasion? Entonces... (*Se avalanza, y doña María se interpone.*) Apartaos, señora, si no quereis que mi acero os pase el corazon.

*Maria.* Socorro! Elvira! Solo ella puede detener su brazo. (*Se dirige á la izquierda.*)

*Luis.* Oidme, don Pedro, y luego matadme.

*Maria.* Elvira! Elvira!

*Pedro.* Ni una palabra mas. Defendeos!

*Luis.* Entonces no esperéis que me defienda.

### ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA ELVIRA.

*Elvira.* Don Luis!

*Maria.* Salva á tu padre.

*Pedro.* Rehusas? Pues muere. (*Se avalanza hácia don*

*Luis. Elvira y doña María dan un grito.*)

*Maria.* Ah!

*Elvira.* Ah! deteneos, padre mio, padre... (*Doña Elvira vacila: todos se acercan para sostenerla. Don Pedro llega el primero y la recibe en sus brazos.*)

*Pedro.* Hija del alma! Apartad los dos! Mañana, caballero, os probaré que aun no me tiembla el pulso.

Salid, salid. (*Don Luis se queda en el fondo abismado.*)

*Maria.* (*Acercándose á su hija.*) Elvira... Elvira mia...

*Pedro.* Aparta, mujer infame. El contacto de tus manos mancharia la pureza de este ángel.

*Maria.* Ah! (*Cae desplomada á los piés de don Pedro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

Jardin. A la izquierda, en segundo término, la fachada de un edificio con puerta y rejas. En el primero un cenador, dentro del cual se verá un banco rústico. Una tapia de poca elevacion que nace del último término de la casa, cruza el foro y se pierde entre los bastidores de la derecha, adonde habrá multitud de árboles figurando la entrada de un bosquecillo. Al fondo una puerta pequeña de madera. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA. DOÑA INÉS, *saliendo de la casa.*

*Ines.* Y teneis valor, despues de lo que ha ocurrido, de bajar al jardin á estas horas?

*Elvira.* Es preciso, Inés; la tranquilidad de mi madre, la mia misma me lo aconseja.

*Ines.* Estoy segura que en mis buenos tiempos ninguna jóven se hubiera atrevido á tanto.

*Elvira.* Entonces, lo mismo que ahora, el honor era la joya mas peeciosa de la mujer, y el mio me obliga á dar este paso.

*Ines.* Pero, y si vuestro padre nos halla aqui, qué va á ser de nosotros?

*Elvira.* Nada temas; duerme tranquilamente.

*Ines.* Sí; pero como los enamorados no acaban nunca, puede alargarse la entrevista, despertar... vamos, yo

me tengo la culpa: si no os hubiera entregado la carta de don Luis... Pero cómo negarme á ello, si lo pedía de un modo...

*Elvira.* Hubieras hecho muy mal no obedeciéndole, pues de esa carta depende la tranquilidad de todos: hay un misterio que no comprendo, y que espero que él me aclare esta noche. Yo sé que el mejor guardian del honor es uno mismo, y por eso no he vacilado en bajar al jardin.

*Ines.* (Si... si... uno mismo. No sucede así con todos.)

*Elvira.* Será cierto lo que me dice en su carta? Podremos aun ser dichosos? Oh, cuánto tarda!

*Ines.* Señorita, ya veis que no acude... retirémonos... estais delicada, y el relente...

*Elvira.* Al contrario: esta brisa perfumada que baña mi frente me hace bien: mi corazon se dilata al contemplar la dulce tranquilidad de ese cielo. Ah! aqui me siento mejor que en mi camarín; se respira un aire mas puro. Hace mucho que no habia contemplado una noche tan tranquila. Todo lo que me rodea parece que quiera endulzar mis pesares. Esa fuente vecina con su grato murmullo, y estos espesos árboles que agita dulcemente el suave soplo del céfiro, con el lánguido ruido de sus hojas. (*Se oyen tres palmadas fuera de la tapia del fondo.*) Inés, has oido?

*Ines.* Sí, señora.

*Elvira.* Abrele, no te detengas.

*Ines.* (*Se dirige al fondo y busca entre el manojo de llaves la del jardín; no la encuentra, y baja precipitada adonde está doña Elvira.*) Señora, señora, tenéis vos la llave de esa puerta?

*Elvira.* No.

*Ines.* Pues entonces vuestro padre debe haberla quitado, porque no la encuentro entre sus compañeras.

*Elvira.* Qué dices? Eso no puede ser...

*Ines.* Mirad. (*Se las enseña: doña Elvira las va mirando una por una.*)

*Elvira.* Es cierto. Qué hacer?

*Ines.* Retirarnos al momento antes que...

*Elvira.* Oh! por fortuna la tapia no es muy alta. (*Se dirige al fondo.*)

*Ines.* Vamos, está visto que los enamorados en todos



— tiempos han sido lo mismo... es capaz de hacerle escalar el muro.

*Elvira.* (Al fondo.) Don Luis! Don Luis!

*Luis.* (Desde fuera.) Sois vos, Elvira?

*Elvira.* Sí. La llave de esta puerta ha desaparecido.

*Luis.* Entonces...

*Elvira.* Seguid á mano izquierda la tapia, y á los veinte pasos encontrareis un trozo arruinado que os será fácil escalar. Ya se fué. Dios mio, no le abandones!

*Ines.* Pero, señora...

*Elvira.* Silencio. Colócate junto á esa reja, pues la pérdida de la llave me hace temer algo, y avisame de todo lo que veas.

*Ines.* Bien, señora, bien, voy á obedeceros; pero por las once mil vírgenes, no os entretengais mucho. (Se coloca junto á la reja. Don Luis aparece por entre los árboles de la derecha.)

## ESCENA II.

DOÑA ELVIRA. DON LUIS. DOÑA INÉS, junto á la reja.

*Luis.* Gracias, Elvira, gracias por haberme concedido esta entrevista.

*Elvira.* Caballero, despues de la revelación que me hicisteis anoche, no creía volver á veros en mi casa: sin embargo, esta mañana os habeis atrevido á cruzar sus dinteles: vuestra presencia fué causa de una escena que no comprendo, pero que me llena de ansiedad. Luego me mandais una carta que dobla mi afán. Quereis esplicármelo todo?

*Luis.* Sí, Elvira, sí, por eso vengo; pero por lo que mas ameis en el mundo dejad ese lenguaje duro, esa indiferencia que me mata.

*Elvira.* No puedo, no debo hablaros de otra manera, caballero. Solo os suplico que seais breve... deseo acabar esta entrevista, que será la última.

*Luis.* Oh! no, Elvira; yo veo en lontananza la encantadora imágen de un porvenir delicioso, y no quiero creer que quereis arrancármela del corazon, en donde le he levantado un templo desde el momento que lei esta carta. (Saca una carta.)

*Elvira.* Qué decís? Os atreveis á esperar despues de vuestra revelacion?...

*Luis.* Sí; porque lo que ayer no podia decir sin averzarme, hoy puedo repetirlo á la faz del mundo. Os amo, *Elvira*, soy libre como vos, y vengo á ofreceros mi mano y mi corazon.

*Elvira.* Vos libre? Vos, don *Luis*? Y vuestra esposa?

*Luis.* Hace cinco dias que la mujer á quien mis padres me obligaron á dar la mano de esposo, ha dejado de existir.

*Elvira.* Y me lo decís así? Oh! á qué precio comprais la felicidad.

*Luis.* La Providencia ha roto unos lazos que mi corazon desechó siempre: los intereses de mi familia me obligaron á admitir por esposa una mujer que no amaba, que no he amado despues... pero me resigné por salvar á mi padre. Su carácter era violento; siempre se complacia contrarestando el menor de mis deseos. Continuamente me echaba en cara los beneficios prestados á mi familia, diciendo que mi deber era obedecerla y acatar su voluntad, puesto que todo se lo debiamos á ella. *Elvira*, si vos supiérais lo que sufrí al lado de aquella mujer... Mis padres, los hermanos de ella, mis amigos... todos me aconsejaron una separacion amistosa, porque todos me compadecian. Estoy seguro que si permanezco un mes mas á su lado, yo mismo hubiera puesto término á mi vida.

*Elvira.* (Será verdad, Dios mio!)

*Luis.* Me decidí á abandonarla, y vine á la corte. Dios sin duda para recompensar mis sufrimientos, hizo que os viera, y desde aquel momento os amo con ese amor que se apodera de nuestro corazon una sola vez en la vida, con ese amor que nos hace soñar un porvenir de encantos y felicidad. Oh! *Elvira*, perdonadme el haberos ocultado mas tiempo lo que os he revelado ahora. Mi corazon es quien os habla, creedle. Miradme aquí esperando de vuestros labios esa palabra que puede devolverme la felicidad. Os amo, os amo, vuestra es mi vida, disponed de ella.

*Elvira.* Alzad, don *Luis*. Os creo; mi corazon me dice



que aun podemos ser felices. Ah! para qué ocultaros-lo? Yo tambien os amo.

*Luis.* Corramos; quiero arrojarme á los piés de vuestra madre, entregarle esta carta, pedirle vuestra mano, y aclararle aquellas duras palabras que don Pedro la prodigó en mi presencia.

*Elvira.* Esperemos. Mañana la vereis, y espero que os perdonará.

*Ines.* (Acercándose.) Señora, hácia aqui se dirige un bulto, y creo reconocer en él á vuestro padre.

*Elvira.* Separémonos ya, don Luis.

*Luis.* Adios, Elvira; no me olvideis.

*Elvira.* Jamás, jamás, don Luis. (Se dirigen al foro.)

*Ines.* Deteneos! Ya no podeis salir sin que os vea: entremos en este cenador. (Se esconden los tres en el cenador. Don Pedro sale por la izquierda; reconoce la escena con una mirada y se dirige al foro; se pone junto á la puerta, y aplica el oido á la cerradura.)

### ESCENA III.

DICHOS. DON PEDRO.

*Pedro.* Nadie! Tal vez por el bosquecillo... (Desaparece por la derecha.)

*Ines.* Chist! (Asomándose, se dirige por la derecha y vuelve.)

*Luis.* Tranquilizaos, Elvira; ahora podré salir sin que me vea.

*Ines.* No podeis salir por donde habeis entrado.

*Luis.* Entonces...

*Ines.* Venid, os abriré la puerta principal.

*Elvira.* (Bajar á estas horas al jardin!)

*Luis.* Elvira, ya que la casualidad hace que entre en vuestra casa esta noche, dejad que vea á vuestra madre, y partiré mas tranquilo.

*Ines.* Callad y entremos.

*Elvira.* Sí, entremos.

*Ines.* Por fin les puedo arrancar de aquí... Qué! si estos enamorados no acaban nunca. San Pascual nos saque con bien de esta. (Entran los tres por la izquierda.)

## ESCENA IV.

DON PEDRO.

Tampoco en el bosque! Quién será? Si es un amigo, por qué no poner su nombre al fin de estos renglones para tranquilizarme? Por mas que leo no puedo reconocer la letra. (*Lée.*) «Don Pedro, vuestra esposa es un ángel. Si quereis convenceros de su inocencia, esperadme esta noche en vuestro jardin antes de las doce.» Será un lazo que se me tiende? Pero si asi fuera, no traigo mi espada? Cuánto tarda! los minutos parecen siglos cuando se espera al hombre que ha de descubrirnos un secreto en el cual se pone en duda el honor de la mujer que amamos. Si fuera verdad lo que me dicen en esta carta?... Vamos, vamos, corazón, no te recocijes, no latas; puede engañarte tu deseo, y despues te sería mas dolorosa la realidad. Yo ya sé que no te acostumbrarás á vivir sin ella; però tu honor lo exige, y aunque te cueste mucho, es preciso que llegue esa hora. (*Se oye el ruido que produce la puerta del foro al abrirse. Don Pedro se vuelve á tiempo que Juan entra, y vuelve á cerrar la puerta tras sí.*)

## ESCENA V.

DON PEDRO. JUAN EL TULLIDO.

*Pedro.* Quién va?

*Juan.* El mismo que esperais. (*Va acercándose al proscenio.*)

*Pedro.* Yo reconozco esa voz. Juan el Tullido?

*Juan.* Servidor vuestro, don Pedro.

*Pedro.* Pero eres tú el que me ha escrito esta carta?

*Juan.* Os estraña que un mendigo sepa escribir?

*Pedro.* No, Juan; pero podias haber puesto tu nombre al pié de estos renglones.

*Juan.* Entonces hubiérais venido á buscarme, y esto es lo que he querido evitar.

*Pedro.* Vamos á lo que importa.—Aqui me tienes, habla.



*Juan.* Ante todo, juradme por vuestro honor que seguiréis al pié de la letra todo lo que os diga.

*Pedro.* Vienes á ponerme condiciones?

*Juan.* No, don Pedro; vengo á tranquilizar vuestro espíritu, á probaros la inocencia de vuestra esposa; pero si no os decidís á seguir mi consejo, difícil será alcanzar lo uno y convenceros de lo otro.

*Pedro.* No te entiendo: procura ser mas claro.

*Juan.* Vuestra esposa bajará al jardín á la primera campanada de las doce, hora en que un hombre penetrará por aquella puerta. (*Señala la del foro. Don Pedro hace un movimiento de impaciencia.*) Cachaza, señor mio, pues sin ella todo lo perdemos. Vos os ocultareis tras de esos árboles, desde donde podeis oír todo lo que hablen sin ser visto por ellos.

*Pedro.* Eso nunca.

*Juan.* El hombre que estará dentro de poco en este jardín, es uno de aquellos séres que no retroceden ante nada. Puede perderos, y es preciso que obremos con prudencia.

*Pedro.* Acabemos, Juan; me cansa ya tanto misterio; estoy resuelto á hablar con ese hombre.

*Juan.* Pues bien; ya que os empeñais en no hacer caso de mis consejos, sabed que el hombre que esperamos tiene en su poder unos papeles que pueden deshonraros, perderos, y que solo yo puede arrebatárselos de las manos.

*Pedro.* (Oh, qué sospecha!)

*Juan.* Los dos tenemos aquí nuestra parte, y yo estoy decidido á no ceder la mia. Vos buskais la vindicacion de vuestra esposa, yo busco la venganza. Vengo á salvaros, razon es que me obedezcais por una hora; luego disponed de Juan el Tullido, su vida es vuestra si la quereis.

*Pedro.* (Quién será este hombre? Oh!... qué ideal! Si sabrá?...!) Habéis estado en Flandes?

*Juan.* Esa pregunta me revela vuestro pensamiento. Tranquilizaos; no os cause ningun cuidado el que yo sepa vuestro secreto... morirá conmigo. Además, que pronto sabreis quién soy, y en ese caso yo seré el que habré de pedirlos á vos que no reveleis mi nombre, porque vuestro delito concluye en el momento

en que desaparezcan las pruebas; pero el que se escapa de la Inquisicion puede ser denunciado mientras viva.

*Pedro.* Luego vos?... (*Empiezan á dar las doce pausadamente.*)

*Juan.* Silencio... todo lo sabreis: para vos, doña María y los papeles... para mí, el hombre que va á venir. Os conformais?

*Pedro.* Sí; pero... ay de tí si me vendes!

*Juan.* Ocultémonos allí. (*Lo hacen tras los árboles de la derecha.*)

#### ESCENA VI.

DON PEDRO y JUAN, ocultos. DOÑA MARÍA, por la puerta de la izquierda con un cofrecito pequeño en la mano. DON FÉLIX, por el foro. Un momento de pausa.

*Los dos reconocen la escena.*

*María.* Me flaquean las piernas! Dios mio, no me abandoneis! Oigo pasos! Será él? Qué otro puede ser.

*Felix.* (*Acercándose.*) (No se ha hecho esperar.) Señora?...

*María.* Ah!

*Felix.* No hay que asustarse.

*María.* (Me dá miedo.)

*Felix.* Os agradezco la puntualidad, pues soy hombre que me canso pronto.

*María.* Acaban de dar las doce.

*Felix.* Traeis el dinero?

*María.* Sí; y los papeles?

*Felix.* Aquí estan.

*María.* Tomad y entregádmelos. (*Le alarga el cofrecito.*)

*Felix.* Os vais derecha al asunto como un marchante.

*María.* No os comprendo.

*Felix.* Flaca sois de memoria.

*María.* Acabemos.

*Felix.* Eso deseo.

*Pedro.* (Oh! y sufro...)

*Juan.* (*Conteniéndole.*) Silencio.

*María.* Habeis oido?

*Felix.* Nada.



*Maria.* Creia...

*Felix.* Es el ruido de las hojas que agita la brisa. (Señalando el cofrecillo.) Con que en este mueble se encierra el oro?

*Maria.* Si.

*Felix.* Habreis seguido mis consejos?

*Maria.* No he podido reunir mas que seiscientas doblas.

*Felix.* Pocas son.

*Maria.* No tenia mas. Pero en cambio teneis todas mis alhajas, que valen otro tanto.

*Felix.* Siendo así, me es igual.

*Maria.* Ahora entregadme esos documentos.

*Felix.* Poco á poco: el trato no está concluido. Un carruage nos espera, cogeos de mi brazo y marchemos... allí os los entregaré.

*Maria.* Yo no puedo salir de esta casa sin entregarle á mi esposo esos papeles.

*Felix.* Comprendo; quereis desarmarme, pues una vez los tengais en vuestro poder; yo no puedo imponeros condiciones; os engañais; señora.

*Maria.* Con que es decir que no contento con llevaros todo el oro que poseemos, quereis tambien deshonorarme, quereis que deje sumido en la desesperacion al mejor de los esposos, que abandone á mi hija... Oh! nunca, nunca.

*Felix.* Lo habeis pensado bien, señora?

*Maria.* Si, yo no puedo separarme de esos seres que tanto amo; arracadme el corazon antes; la esposa de don Pedro de Guzman sabrá perder la vida, pero nunca el honor.

*Felix.* Bravatas! Si mañana entrego estos documentos al rey, vuestro esposo queda deshonorado, y con él toda su familia: con que ya veis que os es mas honroso seguirme que quedaros.

*Maria.* Corazon de hiena! cómo quereis que parta con vos, si vuestra presencia me horroriza, vuestra palabra me repugna, porque sois el hombre mas infame que existe en el mundo?

*Felix.* Ira de Dios! Os olvidais que tengo la vida de vuestro esposo en mis manos? Tened la lengua, ó vive Cristo...

*Maria.* Oh! no, no hagais caso de mis palabras; com-

padecéis de esta madre desgraciada; tomad estas joyas, este oro... pero entregadme esos papeles. Salvad á mi esposo, y os bendeciré todas las horas del día.

*Pedro.* Oh! dejadme.

*Juan.* Ahora me toca á mí: prometedme que no me interrumpireis. (*Don Pedro hace un movimiento de aprobacion.*)

*Felix.* Seguidme, señora. (*La coge por un brazo.*)

*Maria.* Oh! Jamás, jamás. (*Juan se coloca en medio del escenario, y dice las primeras palabras con una entonacion grave y pausada.*)

*Juan.* Pascual Bruno!

*Maria.* (*Con gozo.*) Ah! (*Se queda apartada.*)

*Felix.* (*Que habrá soltado el brazo de doña María, retrocede dos pasos y se queda como anonadado apretando el cofrecillo contra su pecho.*) (*Otra vez ese nombre!*)

*Juan.* (*Se coloca enfrente de don Félix.*) Pascual Bruno, me conoces?

*Felix.* Quién sois, que desde anoche vais haciendo zumbiar en mis oídos ese nombre que no me pertenece?

*Juan.* Soy el remordimiento, soy el alma de un hombre sacrificado por tu codicia, que abandonando su tumba, viene á decirte: «De rodillas, parricida, de rodillas: tu hora ha llegado.» (*Don Félix irá retrocediendo horrorizado: Juan aproximándose á él hasta que cae anonadado á los piés del Tullido.*)

*Felix.* Aparta! Aparta, sombra infernal, tu voz me hace daño.

*Juan.* No es mi voz, es tu conciencia, que clava en tu corazón su ponzoñoso diente! Es el remordimiento, cuya voz aterradora te grita sin cesar al oído: Asesino! Asesino!

*Felix.* Piedad! piedad! (*En este momento estienda las manos hácia Juan, y deja caer el cofrecillo y los papeles.*)

*Juan.* Y la tuviste tú de tu padre, de tu esposa, de don Esteban de Fonseca? Tus manos estan aun manchadas con la sangre de tu padre. No oyes su atronadora voz gritar desde el sepulcro: Maldición sobre mi hijo!



*Maria.* (Oh! qué horror!)  
*Felix.* Perdon, perdon, padre mio. (*Se cubre la cabeza con las manos. Juan coge los papeles y se los entrega á doña María.*)

*Juan.* Tomad, señora, tranquilizad á vuestro esposo.

*Maria.* Perdonadle, Juan.

*Juan.* Corred adonde el honor os llama.

*Maria.* Oh! Se ha salvado! (*Desaparece por la puerta de la izquierda.*)

*Pedro.* María! María! Perdonadme, Dios mio, por haber dudado de la virtud de un ángel. (*Cae de rodillas elevando sus ojos al cielo.*)

### ESCENA VII.

DICHOS, menos DOÑA MARÍA.

*Felix.* Pero quién sois vos, que lo sabéis todo? Solo Satanás podía arrojaros en mi camino en este momento.

*Juan.* Miserable! Aun no me has conocido? Pues bien, sábelo y tiembla. Soy don Esteban de Fonseca.

*Felix.* Vos, vos... insensato de mí! y he podido creer por un momento que eras un enviado de Dios para castigar mis crímenes?

*Juan.* Cobarde, como todos los asesinos.

*Felix.* Cobarde! ay de vos, don Esteban! os habeis aprovechado de mi aturdimiento para arrebatarme los papeles, pero me habeis dejado el oro. (*Lo coge y desnuda la espada.*) Puesto que sois un hombre como yo, voy á mandar á vuestra alma á hacer compañía á la de vuestra hermana. (*Va á tirarle una estocada.*)

*Juan saca una pistola y le apunta.*)

*Juan.* Alto, seor truhan! La partida es mia! si tenéis apego á la vida, envainad vuestra espada, á no ser que queráis ir á pedir perdon á vuestro padre.

*Felix.* (Oh, rabia!)

*Juan.* Cuando uno tiene que arreglar cuentas con un hombre de tu calaña, debe ser muy precavido. Sigúeme. (Debo alejarle de este sitio.)

*Felix.* Primero quiero saber dónde vamos.

*Juan.* Te olvidas que tenemos que arreglar cuentas muy antiguas?

*Felix.* (Ay de ti si mi puñal te alcanza!)

*Juan.* Vamos, que se va haciendo tarde, y ten en cuenta que mis piernas no pueden correr mucho. Si te alejas mas de cuatro pasos, esta bala se encargará de detenerte.

*Felix.* (Oh! qué idea! Él es pobre, y la necesidad... probemos!... De este modo el golpe es mas seguro.)

*Juan.* Qué meditas? Ea! marchemos.

*Felix.* Don Esteban, quiero que seamos amigos. Olvidadlo todo, y partamos este oro como buenos cuñados.

*Juan.* (Hola! entiendo.) Acepto tu proposicion; pero se hará el reparto fuera de aquí.

*Felix.* (Ya es mio!)

*Juan.* (No me engañas.)

*Felix.* Vamos. (El infierno te espera.)

*Juan.* Pasa adelante.

*Felix.* Dudais de mí?

*Juan.* De un miserable como tú, no debe fiarse un hombre honrado. (*Don Felix se dirige al foro precipitadamente, Juan le apunta con la pistola, y don Felix acorta el paso retrocediendo siempre de cara al público.*) Mas despacio... así...

*Felix.* Advertid qué...

*Juan.* Silencio.

*Felix.* Pero...

*Juan.* Anda, y sin volver la cabeza... Mas despacio.

*Felix.* Pero adónde vamos?

*Juan.* A la eternidad. (*Salen por el foro.*)

#### ESCENA VIII.

*Don Pedro sale de donde estaba escondido, y se dirige al foro: aplica el oído á la cerradura, y luego baja al proscenio.*

DON PEDRO.

Pero es cierto lo que oí? Oh! Yo he podido ultrajarla? Todo el tiempo me pareció poco para arrojarle á sus piés y pedirle perdon. Ella se sacrificaba por salvarme, mientras yo... la injuriaba como á la mas criminal de las mujeres. Y he dejado salir á ese miserable

:



sin arrancarle el corazón, ¿pero y mi palabra?...  
Corramos, corramos á encontrarla.

ESCENA IX

DON PEDRO, DOÑA MARÍA, DOÑA ELVIRA y DON LUIS, por la izquierda.

*Maria.* (Saliendo.) Venid, hijos míos, debe estar en el jardín.

*Maria.* (Adelantándose.) Pedro! Pedro!

*Pedro.* María, perdon, perdon, todo lo he oído.

*Maria.* Quemad estos papeles, (Se los entregá.) y no os acordéis nunca de lo pasado.

*Pedro.* Oh! Cuán buena eres! Ángel de bondad! Mientras yo tan injustamente te acusaba, tú te sacrificabas...

*Maria.* Era mi deber dar mi honra por la tuya, Pedro. Ni una palabra más! Acercaos, hijos míos. (Don Luis y doña Elvira, que habrán estado un poco separados, se acercan á don Pedro.)

*Pedro.* Don Luis! Elvira!

*Maria.* Vengo á pedirte la mano de tu hija para don Luis.

*Pedro.* Con que se amaban? Y yo que creía...

*Maria.* Silencio, Pedro; que no sepan nunca.

*Elvira.* Padre mio, mi corazón es de don Luis: sólo concediéndole mi mano podré ser dichosa.

*Pedro.* Hacedla feliz.

*Luis.* Oh! Yo os lo juré...

*Maria.* Y ahora, quieres separarte de tu esposa?

*Pedro.* Nunca, nunca. Venid todos, estrechad á este pobre anciano; su corazón os necesita.

*Maria.* Dios mio, cuán grande es tu Providencia! (Se oye un tiro.)

*Felix.* (Desde fuera.) Favor!... Socorro!... Ay!... (Todos los que están en la escena lanzan una exclamación.)

*Don Pedro y doña María se miran como comprendiendo la causa de los lamentos. Pausa.)*

*Luis.* Habcis oído?

*Maria.* (Distraida.) Sí.

*Luis.* Sin duda han asesinado á alguno. Oh! voy á ver... (*Don Pedro le detiene.*)

*Pedro.* Deteneos.

*Elvira.* Oh! sí, sí, no salgais, don Luis. (*Un momento de pausa. Luego sale Juan el Tullido por el foro con el cofrecito.*)

ESCENA X.

DICHOS. JUAN, por el foro.

*Elvira.* (*Viéndole entrar.*) Ah! (*Se aproxima con miedo á don Luis.*)

*Juan.* (*Tirando de la espada.*) Un hombre! Será?... (*Le detiene doña Elvira.*)

*María.* (*Le ha muerto!*)

*Pedro.* (*Se ha vengado.*)

*Luis y Elvira.* Juan el Tullido!!

*Juan.* (*Que se habrá acercado al proscenio con paso tranquilo y pausado, dice:*) Dispensad si vengo á interrumpiros. Acaba de morir un hombre junto á la tapia de este jardin. Al espirar me ha dicho que os habia robado este cofrecillo, y vengo á devolvéroslo. (*Se acerca á doña María y se lo entrega.*)

*María.* (*En voz baja.*) (Juan, le has muerto!)

*Juan.* (*Me he vengado, señora!*)

*María.* Hijos míos, roguemos por el alma de ese desgraciado.

*Juan.* (*Quitada la gorra.*) Sí, roguemos por su alma. (*Doña María y doña Elvira caen de rodillas. Don Pedro, don Luis y Juan se descubren.*)

FIN DEL DRAMA.

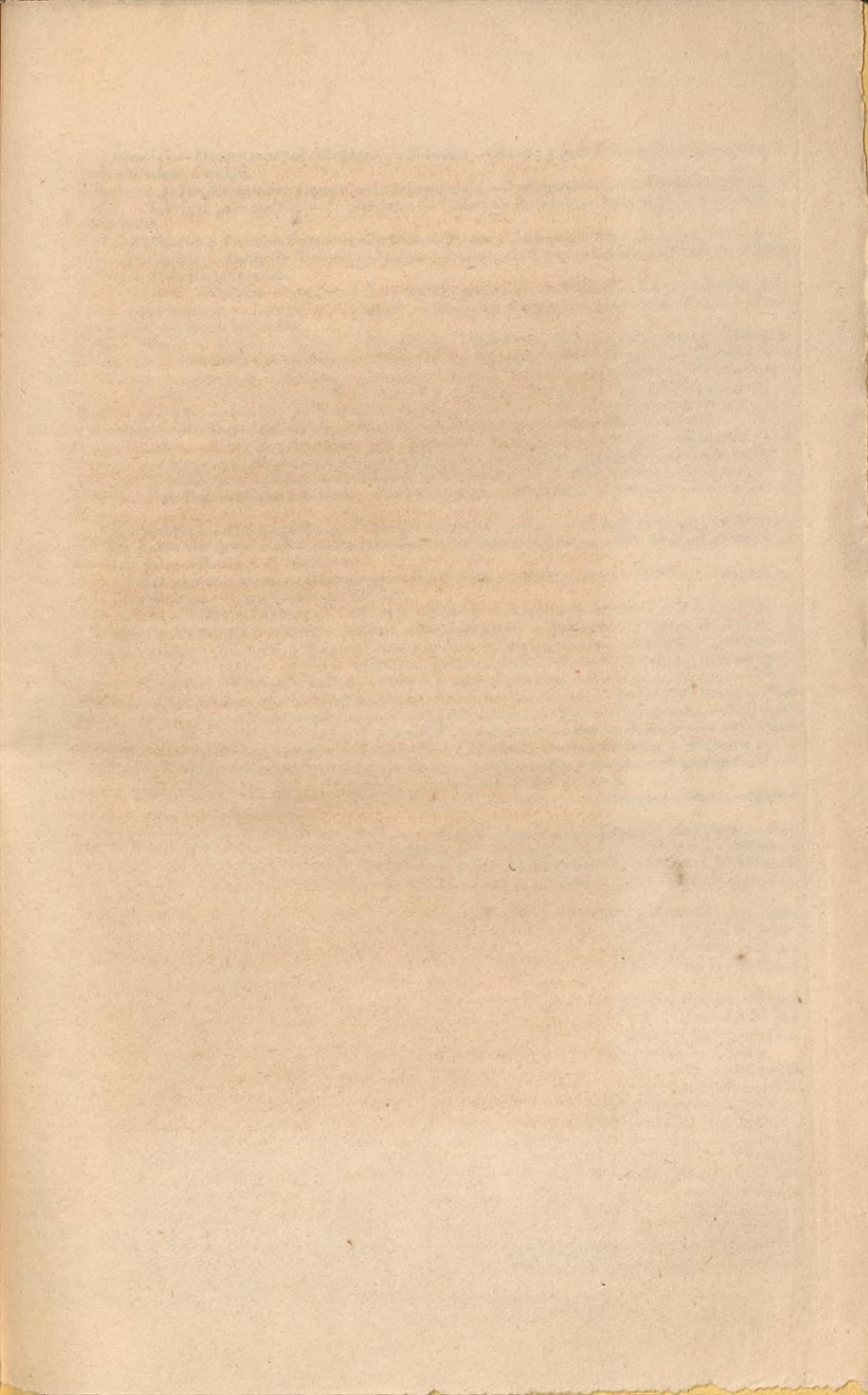


Luis. Sin duda han asesinado a alguno. Oh! voy a  
ver... (Don Pedro le detiene.)  
Pedro. Belencos.  
Flora. Oh! si, si, no salgais, don Luis. (En momento  
de pausa. Luego sale Juan el Tullido por el foro con  
el cofre.)

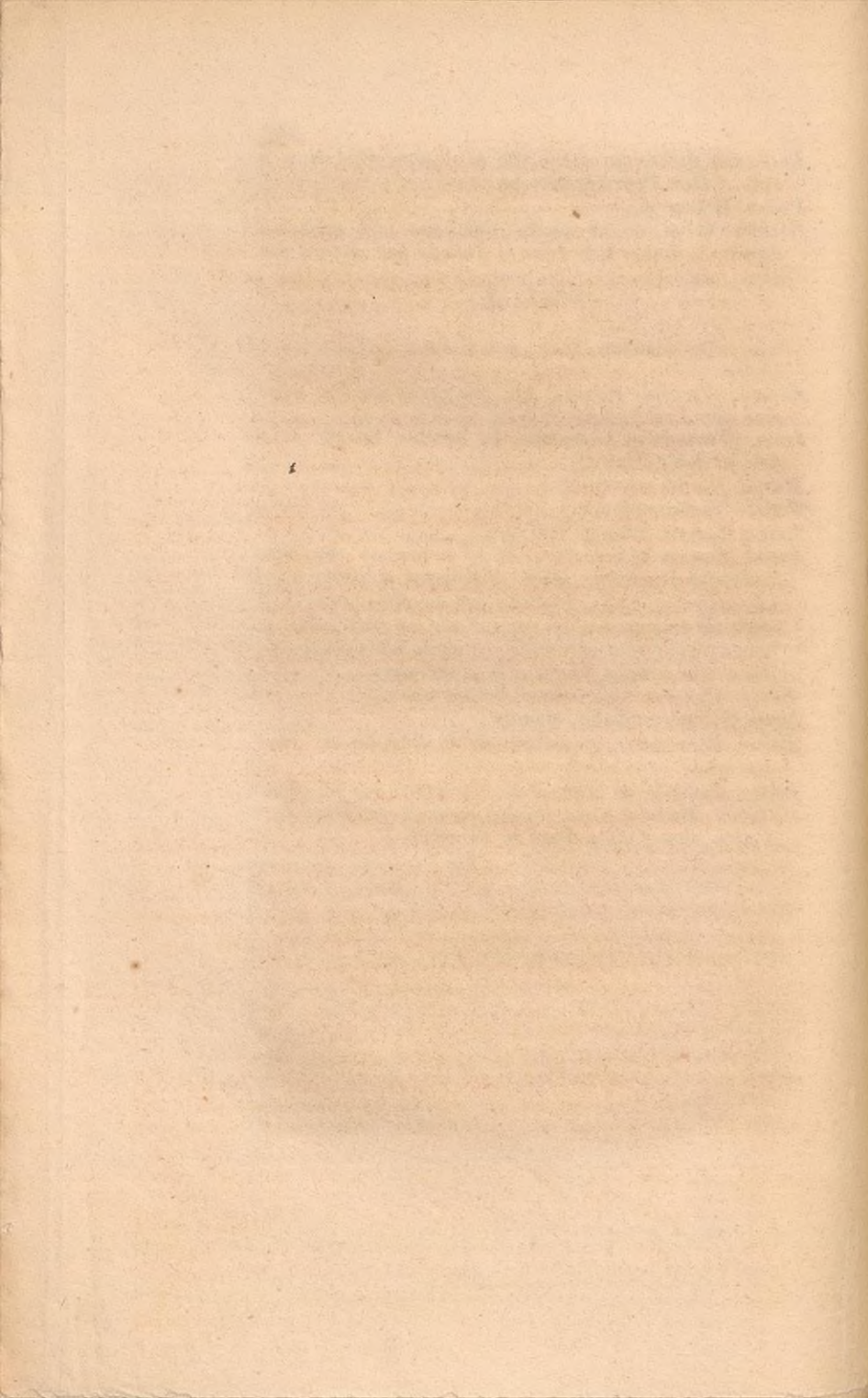
ESCENA X.

dicimos. LUIS, por el foro.  
Flora. (Viéndole entrar.) Ah! (Se aproxima con mis-  
to a don Luis.)  
Juan. (Entrando de la espada.) Un hombre! Será... (Le  
detiene don Luis.)  
María. (Le ha muerto.)  
Pedro. (Se ha vengado.)  
Luis y Flora. Juan el Tullido!  
Juan. (Que se habrá acercado al presencio con peso  
trémulo y pausado, dice.) Dispensad si vengo a in-  
terrogaros. Acabo de morir un hombre junto a la  
tapia de este jardín. Al espirar me ha dicho que os  
habia robado este cofre, y vengo a devolverlo.  
(Se acerca a don Luis y se lo entrega.)  
María. (A voz baja.) (Juan, lo has matado!)  
Juan. (A voz baja.) Señora!  
María. Hijos míos, rogamos por el alma de ese des-  
graciado.  
Juan. (Quitada la guaya.) Si, rogamos por su alma.  
(Donna María y don Luis se despiden. Don  
Pedro, don Luis y Juan se despiden.)

FIN DEL DRAMA







nor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quien.

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—Ya murió Napoleón.

Jacobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luisa.—Luis oncenno.—Llueven bofetones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela, ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueyos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoletto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas extraordinarias.—Mejor razón la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intención.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tío el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Moedades de Hernan Cortes.—Muérete y verás.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.

Ni el tío ni el sobrino.—Noche toledana.—No gauamos para sustos.—No hay mal que por bien no venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es vengo.—Novia de palo.—Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasión por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de San Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primer yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—Republica conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó la fortuna etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda parte.

Saul.—Samuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Segunda dama dueñe.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Boccanegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—; Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Gárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los ópositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío.—Un dia de campo.—Un dia de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candelil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.

Zaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.



## ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :

**12** tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

**80** idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

**40** idem del **extranjero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4, cto. principal, en las librerías de CUESTA y RÍOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes :

*Alicante, Ibarra.—Almería, Alvarez.—Alcoy, Marti Roig.—Algeciras, Contilló.—Albacete, Canovas.—Ávila, Corrales.—Barcelona, Piferer.—Badajoz, Viuda de Carriho.—Baza, Calderon.—Baena, Fernandez.—Benavente, Fidalgo.—Bilbao, Garcia.—Burgos, Arnaiz y Villanueva.—Cádiz, Moraleda.—Cáceres, Viuda de Burgos é hijos.—Carmona, Moreno.—Córdoba, Manté.—Cuenca, Mariana.—Ciudad Real, Malaguilla.—Calatayud, Larraga.—Coruña, Perez.—Cartagena, Benedicto y Ródenas.—Castellon, Gutierrez Otero.—Carrion, Fernandez Merino.—Ceuta, Molina é Ibañez.—Écija, Ripol.—Elche, Ibarra.—Ferrol, Tajonera.—Granada, Zamora.—Gijon, Marina.—Habana, Charlain.—Huelva, Osorno é hijo.—Huesca, Guillen.—Jaen, Calle.—Jerez, Bueno.—Játiva, Belber.—Leon, Parcero.—Lérida, Rexach.—Logroño, Verdejo.—Lugo, Pujol.—Lorca, Delgado.—Loja, Gano y Cerezo.—Lima, Calleja.—Málaga, Medina, Aguilar, Moya.—Murcia, Santamaria.—Mahon, Vinen.—Oviedo, Alvarez.—Orense, Perez.—Ocaña, Calvillo.—Osuna, Moreti.—Pamplona, Ochoa.—Palencia, Camazon.—Palma de Mallorca, Gelahert.—Puerto de Santa Maria, Valderrama.—Plasencia, Pis.—Pontevedra, Cuibeiro.—Ronda, Moreti y Lombra.—Requena, Penen.—Reus, Molner.—Rivadeo, Fernandez Torres.—Riosco, Pradanos.—Sevilla, Hidalgo.—Santiago, Calleja y Compania.—Salamanca, Blanco.—Santander, Carabantes.—San Sebastian, Baroja.—Sorta, Perez Rioja.—Santo Domingo de la Calzada, Regidor.—San Lucar, Esper.—Segovia, Alonso.—Santa Cruz de Tenerife, M. Ramirez.—Talavera, Sanchez Castro.—Tarragona, Aimat.—Toledo, Hernandez.—Tortosa, Miró.—Tolosa, Lalama.—Teruel, Baquedano.—Valencia, Navarro.—Valladolid, Rodriguez.—Vitoria, Echavarría.—Vigo, Fernandez Dios.—Villanueva y Geltru, Pers y Ricart.—Ubeda, Franco y Compania.—Zaragoza, Yague y Viuda de Heredia.—Zamora, Escobar y Pimentel.*

En las mismas librerías se venden las obras siguientes :

**Figaro:** Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

**Alvarez:** Derecho real, 2 tomos, 40.

**Rossi:** Derecho penal, 2 tomos, 36.

**Astronomía de Aragó:** un tomo, 14.

*Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.*

**Poesías de D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espندن sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografia: un tomo, 24.

— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

**Recuerdos y fantasías** por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

**La Azucena silvestre** por el mismo, un tomo, 10.

**Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch:** un tomo, 20.

**Coleccion** de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

**El dogma** de los hombres libres: un tomo, 8.

**Respuesta** al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

**Composiciones** del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

**Tauromaquia** de Montes: un tomo, 14.

**Memorias** del principe de la Paz: seis tomos, 70.

**Arte** de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.